



“Es posible la paz,
una paz que nace de la verdad
de cada uno y de todos:
verdad dolorosa,
memoria de las llagas profundas
y sangrientas del país;
verdad personificante y
liberadora que posibilita
que todo hombre y mujer
se encuentre consigo mismo
y asume su historia;
verdad que a todos nos desafía
para que reconozcamos
la responsabilidad
individual y colectiva
y nos comprometamos
a que esos abominables hechos
no vuelvan a repetirse.”

Monseñor Gerardi
24 de abril de 1998



ODHAG

Con el apoyo de


AGIAMONDO
Personal und Beratung
für internationale Zusammenarbeit



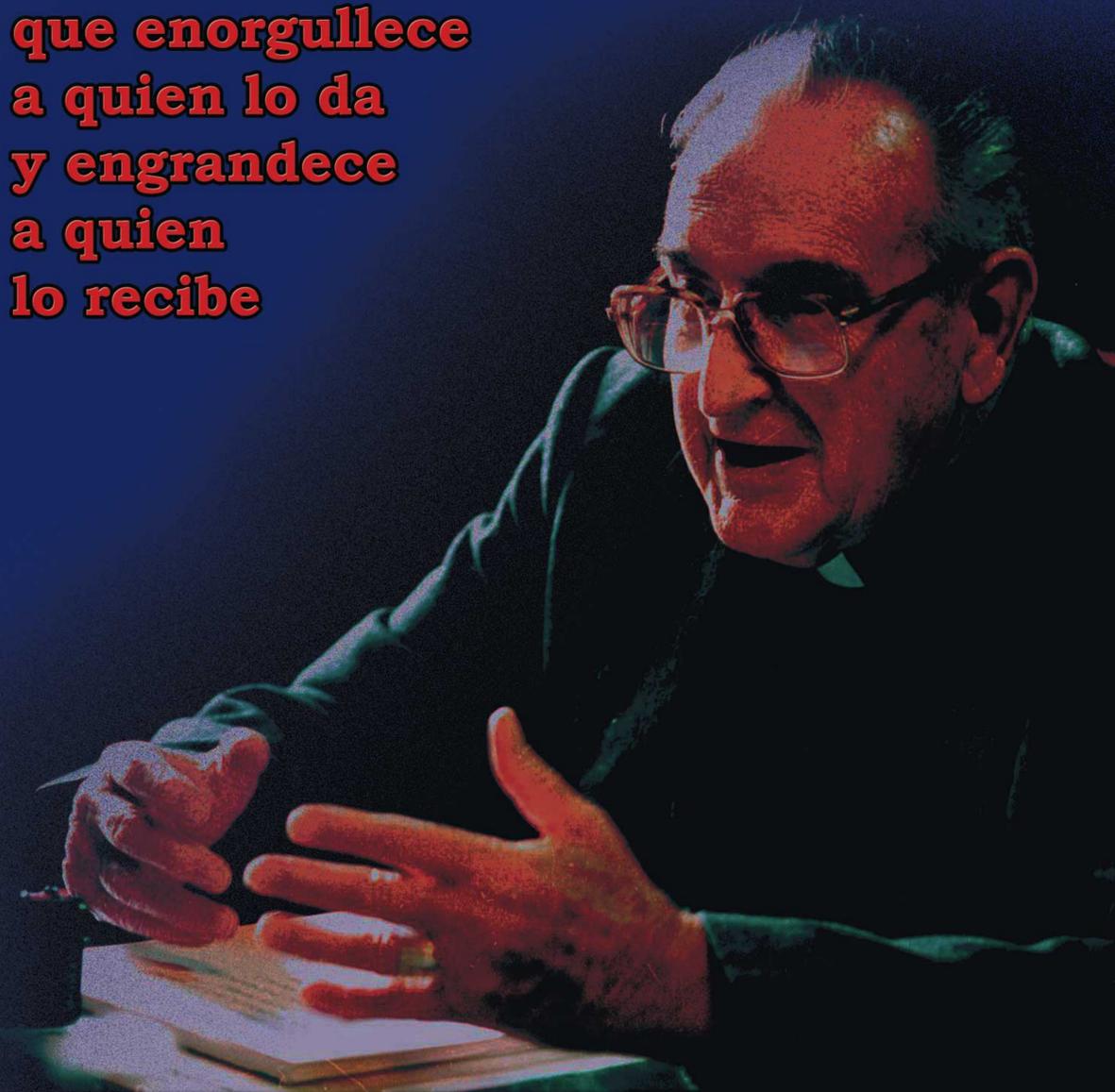
Ministerio Federal de
Cooperación Económica
y Desarrollo



Ziviler Friedensdienst
Servicio Civil para la Paz

Monseñor Gerardi

La **verdad**
es un don
que enorgullece
a quien lo da
y engrandece
a quien
lo recibe



Mártir de la Verdad

Monseñor Juan José Gerardi Conedera
1922 - 1998

Hno. Santiago Otero



**OFICINA DE DERECHOS
HUMANOS DEL ARZOBISPADO
DE GUATEMALA**

6ª calle 7-70, zona 1, puerta #2
7a. av. 4-70, zona 1
Ciudad de Guatemala, Guatemala, C.A. 01001
Teléfono PBX (502) 2256-7400.
Correo electrónico: ddhh@odhag.org.gt - centrogerardi@odhag.org.gt
Página web: www.odhag.org.gt - Facebook: www.facebook.com/odhag

Arzobispo Metropolitano

Monseñor Gonzalo de Villa y Vásquez s.j.

Delegado Arzobispal

Pbro. José Luis Colmenares

Director Ejecutivo

Nery Estuardo Rodenas Paredes

Coordinador del Área de Cultura de Paz

Carlos Alarcón Novoa

Textos

Hno. Santiago Otero

Coordinación de publicación

Ninfa Alarcón (primera edición)
Patricia Ogaldes (segunda edición)

Diseño de portada (primera edición)

Delia Guevara

Diseño de portada y diagramación (segunda edición)

José Santiago Murga

Revisión

Erika Grajeda - Patricia Ogaldes

Fotografías

Archivos de ODHAG

Impresión

CTP Publicitaria

Esta edición consta de 1,000 ejemplares. Diciembre de 2021

“Se permite la reproducción del contenido de este trabajo, citando la fuente”.

“La Iglesia del primer milenio nació de la sangre de los mártires: «**Sanguis martyrum semen christianorum**»... Al término del segundo milenio, la Iglesia ha vuelto a ser Iglesia de mártires. Las persecuciones de creyentes —sacerdotes, religiosos y laicos— han supuesto una gran siembra de mártires en varias partes del mundo. El testimonio de Cristo dado hasta el derramamiento de la sangre se ha hecho patrimonio común de católicos, ortodoxos, anglicanos y protestantes, como revelaba ya Pablo VI en la homilía de la canonización de los mártires ugandeses. Es un testimonio que no hay que olvidar... En nuestro siglo han vuelto los mártires, con frecuencia desconocidos, casi «**militi ignoti**» de la gran causa de Dios. En la medida de lo posible no debe perderse en la Iglesia su testimonio”.

(Juan Pablo II, TMA, 37; Roma, 10 de noviembre de 1994)

Esta sencilla semblanza de la persona de Monseñor Juan Gerardi, de su trabajo y misión pastoral como Obispo, de su pasión por la justicia, la defensa de la verdad y los derechos humanos, se publica en el 4to. aniversario de su muerte martirial. Guatemala, 26 de abril de 2002. Año de la Canonización del Hno. Pedro de San José de Betancourt, primer santo centroamericano.

Segunda edición: diciembre de 2021.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	1
I. MEDITACION.....	1
BIOGRAFÍA.....	5
II. ALGUNOS DATOS DE SU HISTORIA.....	5
III. DEFENSOR DE LOS HUMILDES Y PERSEGUIDOS.....	25
IV. ¿CUÁL ERA LA DENUNCIA DE MONSEÑOR GERARDI?.....	32
V. DISCURSO DE MONSEÑOR JUAN GERARDI CON OCASIÓN DE LA PRESENTACIÓN DEL INFORME REMHI GUATEMALA NUNCA MÁS.....	38
VI. TEXTOS MONSEÑOR JUAN GERARDI.....	41
DE LA CARTA PASTORAL DE 1967 (en La Verapaz).....	42
DE SU PARTICIPACIÓN EN EL SINODO EN ROMA EN 1974.....	43
DESDE LA DIÓCESIS DEL QUICHÉ (1974-1980).....	43
TEXTOS DE 1983 (Después de regresar del exilio).....	45
TEXTOS DE 1990 (Sobre Cáritas y Pastoral Social).....	47
DE 1994 (Sobre el tema de los Acuerdos de Paz).....	49
SOBRE LA RECONCILIACIÓN Y LA PAZ.....	50
NUEVA EVANGELIZACIÓN, 1997.....	52



*“Queremos contribuir a la construcción
de un país distinto. Por eso recuperamos
la memoria del pueblo.”*

Monseñor Juan Gerardi

INTRODUCCIÓN

MEDITACION¹

*“Si a mí me han perseguido,
también a ustedes les perseguirán; si han vigilado mi mensaje,
también el de ustedes lo vigilarán” (Jn 15, 20).*

1 BIOGRAFÍA MÍNIMA DE UNA «MEMORIA» EN ROJO Y AZUL. Las primeras notas de esta biografía mínima de Monseñor Gerardi se empezaron a escribir con el nerviosismo y el sobresalto de la noticia trágica de su asesinato, y pocas horas después de tan execrable hecho. ¡El desconcierto nos paralizaba! Y los «por qué» se agolpaban en nuestra mente sin respuesta, sin explicación. ¡Cómo es posible! La realidad nos doblegó para rendirnos a la evidencia. Su muerte nos llegaba a todos por igual, para golpearnos en lo más profundo.

Al avanzar los días, y al contemplar al pueblo de Guatemala renovar fuerzas ante el féretro de Monseñor Juan Gerardi, su figura solemne y a la vez, cercana y sencilla, se contemplaba mucho más llena de pueblo, y sin duda más radiante de Dios, del Dios fiel a la causa de los pobres y los humildes, a quien él sirvió de corazón.

Ese pueblo que llega a rendir el adiós agradecido a un hombre y a un Obispo, a un ser humano y a un representante de Dios, estaba reconociendo cabalmente el signo: sí, el signo de los tiempos, en una historia que ya creíamos de paz. Juan Gerardi: un signo de Dios, con su vida y en su sangre derramada; un testigo fiel de Dios, que disfrutó de la sencillez de la vida, haciendo lo posible por sembrar humanidad en todo lo que emprendía. Esta fue la pasión de este hombre de cielo y de pueblo, este atleta de Jesucristo, que es Monseñor Juan Gerardi Conedera. Dedicamos estas breves notas biográficas a cuantos se enriquecieron con el ejemplo de su vida, a cuantos le recuerdan porque lo conocieron de cerca, a quienes fueron confirmados por él en la fe de la Iglesia, y a cuantos puedan estar abiertos al don de Dios al leer estos rasgos de su vida y actuación pastoral.

2 Entre los participantes en la marcha silenciosa del 28 de abril de 1998 desde la catedral al parque de la parroquia de San Sebastián, dos señoritas k'iche's entre tantos, luchaban para que sus candelas no se apagaran por las ráfagas de aire; entre las candelas blancas, que casi todos llevaban, ellas colocaron algunas rojas, y discutían cuáles habrían de ser los colores apropiados para el siguiente día, el del

¹ Estas reflexiones se escribieron en su primera redacción, al día siguiente del martirio de Monseñor Gerardi; llevan el peso y la nostalgia de esos días inmediatos a los funerales (el primer entierro); posteriormente se fueron completando con aportes de personas que conocieron a Monseñor Gerardi.

entierro de Monseñor; ciertamente no las negras; dialogaron, y al fin concluyeron, que sería el rojo, pues es signo de vida y distingue a los mártires, simbolizado también en los claveles rojos que muchos participantes llevaban; y también las candelas de color azul, porque la vida y ejemplo de Monseñor Gerardi nos coloca cerca, muy cerca del misterio de Dios, «Corazón del cielo».

Por eso hablamos de una biografía mínima en rojo y azul. En **rojo:** porque el pueblo ha reconocido en él al mártir de la paz, al mártir de las luchas por la justicia, al mártir de la dignidad de los pueblos indígenas que luchan por sus derechos, al mártir de la dignidad de todo ser humano, al mártir de los derechos humanos, y por todo esto, al defensor de Dios, dador de vida, y Padre de todo consuelo. Rojo, sí, porque su sangre derramada, fecunda junto a la de tantos hermanos caídos y desaparecidos, martirizados, la búsqueda de una sociedad nueva, donde los guatemaltecos podamos vivir en paz, en una sociedad de iguales donde todos podamos ser hermanos, una sociedad sin privilegios, ni clases, ni el dominio de la prepotencia de la riqueza o de las armas.

Es rojo, porque el martirio siempre es signo de ternura, aunque el color nos duele en los ojos y en el alma; nos duele porque nos despierta, y nos confronta con una realidad que nos sobrepasa. El mártir es signo también de la debilidad de Dios; de la actuación permanente con los instrumentos de la verdad, de la vida, de la claridad meridiana. Y por tanto, desde la fragilidad y la debilidad de todo auténtico proyecto humano, en el que se reflejan los signos de la cruz de Jesús. El mártir no esconde su testimonio, pues en su vida todo es verdad, claridad, transparencia. “Dichoso el que pone su esperanza en el Señor” (Sal 146, 5).

3 Azul: el azul es parte del color de nuestra bandera; pero la muerte de Monseñor Gerardi nos transporta más allá. Nos reclama al azul del Dios Corazón del cielo, en bella expresión de la espiritualidad de los pueblos mayas. Azul, porque su muerte nos reclama a una utopía, que por momentos se nos escapa, pero que está ahí, disponible a quienes no han permitido que su corazón se corrompa. El azul nos habla de inocencia, de mirada limpia, de universalidad. Junto a nuestro Padre Dios, Corazón del cielo, está Monseñor Gerardi, haciendo posible el nacimiento de la nueva aurora, para que entre nosotros esa bella realidad del más allá nos alcance en nuestros caminos, en nuestras casas, en nuestro trabajo, en nuestras milpas, campos, valles y ríos, en las montañas, en nuestras diversiones, en nuestra búsqueda de la verdad, en nuestras preocupaciones por construir una sociedad donde quepan todos, una sociedad cada día más llena de Reino de Dios. Que la utopía de Dios Corazón del cielo, alcance con abundancia de paz y alegría a los hijos y nietos, a los descendientes de esta tierra por mil generaciones.

Un mártir es una señal, una huella segura en los caminos de la historia que nos orienta en el sentido de la vida. Ante el testimonio de Monseñor Juan Gerardi tenemos que

vencer el pesimismo, el miedo, la sensación de frustración. Su testimonio es un signo, una esperanza realizada, una referencia que nos guía, segura, clara, esperanzada... Su vida nos permite casi tocar por momentos el misterio del Corazón del cielo. Y su muerte nos devuelve a esta tierra de lo cotidiano, donde en lo ordinario nos jugamos las respuestas más urgentes y la esperanza de un futuro mejor, forjado a la par de sufrimientos y negaciones.

*Construimos hoy la paz,
en la lucha y el dolor,
nuestro mundo surge ya,
en la espera del Señor.*

4 En un juicio sumario, Pilatos nos privó de saber de labios de Jesús, la respuesta a su pregunta que le reclamaba cuál era la verdad. La muerte nos arrebató hoy a un testigo de la verdad; tanto en Jesús como en Monseñor Gerardi, la verdad es su vida. Lo recordó el Obispo al entregar el Informe sobre la Memoria Histórica el día 24 de abril: «...Es posible la paz, una paz que nace de la verdad de cada uno y de todos: Verdad dolorosa, memoria de las llagas profundas y sangrientas del país; verdad personificante y liberadora que posibilita que todo hombre y mujer se encuentre consigo mismo y asuma su historia; verdad que a todos nos desafía para que reconozcamos la responsabilidad individual y colectiva y nos comprometamos a que esos abominables hechos no vuelvan a repetirse ».

Ciertamente, en ese informe la voz de las víctimas rompe el silencio impuesto por el miedo y el terror. Pero es una palabra que libera y nos hace bien; el silencio es tan cercano a la muerte, como la tristeza a la desesperación. La verdad cuenta tanto como la palabra; es indispensable para perdonar: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lc 23, 24).

Qué bien se pueden aplicar a Monseñor Gerardi las palabras de aquel canto tan querido en las celebraciones del pueblo:

*No te tomes descanso en la lucha,
Sé testigo del Reino de Dios,
Sigue siendo ese trigo que muere,
Para ser una espiga mejor.*

*Y si acaso perdieras la vida,
Porque estorba a los hombres tu luz,
No eres tú solamente el que muere,
Cristo sufre contigo en la cruz.*

Y las siguientes estrofas son una invitación a la esperanza, en medio del fracaso y la desolación; pues la muerte de Monseñor Gerardi nos dejó así como a los discípulos de Emaús después de la muerte de Jesús en la cruz; desconsolados porque sería el que iba a restaurar la libertad de Israel:

*Es posible que digan algunos
Que es absurda tu forma de ser,
Piensa entonces que no eres del mundo,
Aunque Dios te ha llamado de él.*

*Cuando todos te cierren sus puertas,
Aún pensando que dan gloria a Dios.
Es tan sólo un fracaso aparente
Eso hicieron con Cristo, el Señor.*

BIOGRAFÍA

«Ahora me alegro de padecer por ustedes, pues así voy completando en mi existencia terrena, y a favor del cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, lo que aún falta al total de sus sufrimientos. De esa Iglesia he llegado a ser servidor, conforme al encargo que Dios me ha confiado de anunciarles plenamente su palabra» (San Pablo, Col 1, 24-25).

II. ALGUNOS DATOS DE SU HISTORIA²

5 No pretendemos aquí una biografía acabada de su vida que necesitaría mucho tiempo de investigación; a partir de los datos disponibles y de los testimonios de quienes lo conocieron, queremos trazar las líneas fundamentales de su vida³.

Al momento de su muerte, Monseñor Juan Gerardi, era Obispo Auxiliar de la Arquidiócesis de Guatemala de la Asunción; había cumplido 75 años, pues nació en Ciudad Guatemala el 27 de diciembre de 1922, en tiempos en los que la Iglesia de Guatemala padecía la expatriación de su Arzobispo, y único Obispo entonces en la República. Sus padres fueron Don Manuel Benito Gerardi y Doña Laura Conedera Polanco de Gerardi, de no muy lejana ascendencia italiana. Fueron cuatro hermanos: Francisco, María Teresa, Juan José y M^a del Carmen⁴. Su papá falleció siendo Monseñor todavía muy joven. Actualmente todavía vive su hermana, la Sra María del Carmen, y la familia Gerardi es grande ahora en Guatemala.

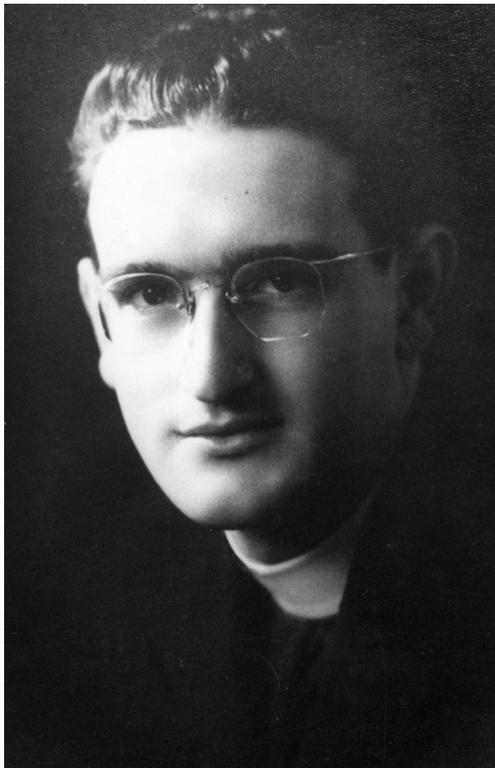
Inició sus estudios en el centro educativo del Asilo Santa María, de la ciudad de Guatemala con las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl. En tiempos de Monseñor Mariano Rossell entró en el Seminario (Seminario Conciliar, en la 10^a avenida y primera calle de la Zona 1), -opción poco frecuente en aquellos años para un joven guatemalteco- donde realizó los estudios de humanidades y filosofía; más tarde pasó a New Orleans, (en el Notre Dame Seminary), Luisiana, USA, donde completó sus

2 Para completar la biografía, hay que añadir todos los datos que salieron a luz con ocasión del Juicio seguido para esclarecer el asesinato contra Monseñor Gerardi, de marzo a junio de 2001. Igualmente, José FLORES, LA SANGRE VIVA (Caso Gerardi). Guatemala 2001; *esta publicación reúne datos y documentos, no siempre muy bien contrastados con la historia, pero datos sumamente interesantes para reconstruir momentos importantes de la vida de Mons. Gerardi*. Ver también, Diócesis de Quiché, IXCÁN, TIERRA, GUERRA Y ESPERANZA. «MEMORIA DEL IXCÁN» (1966 – 1992). Igualmente, Diócesis de Quiché, CONSUELA A MI PUEBLO II. Homilias de Monseñor Julio Cabrera Ovalle 1997 – 1999. Guatemala, 2002.

3 Ver la publicación de la ODHAG, MARTIR DE LA PAZ. Monseñor Juan Gerardi Conedera 1922-1998. Guatemala, junio de 1998.

4 Falleció el 31 de enero del 2000.

estudios de Teología, propios de la carrera sacerdotal. Fue ordenado sacerdote el 21 de diciembre de 1946, en la Catedral Metropolitana, Ciudad de Guatemala.



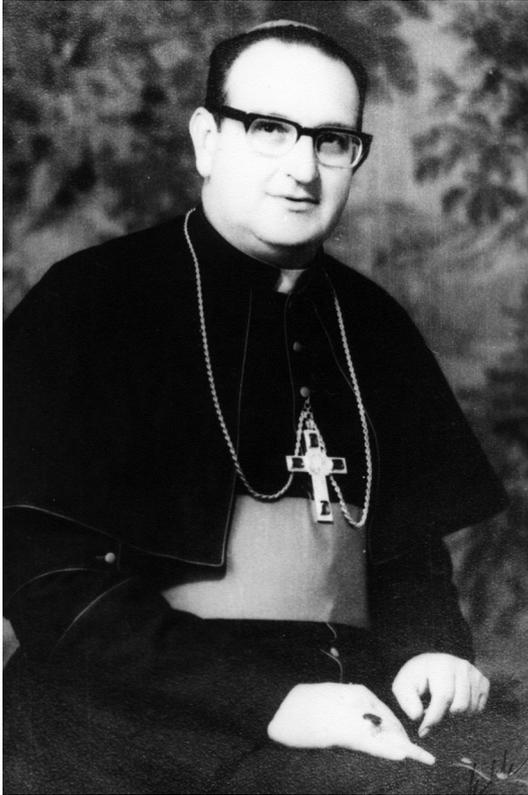
***El joven sacerdote Juan Gerardi poco tiempo después de su ordenación.
(Fotografía: colección privada.)***

6 En su ministerio pastoral, pasó como coadjutor por las parroquias del Sagrario, luego párroco de Mataquesuintla (1948-1951), Tecpán (1951-1955), Patzicía (1954-1955) (Chimaltenango)⁵; aquí tenía a su cargo pastoral un largo territorio, que lo llevaban hasta Comalapa a veces, con largas caminatas a pie. Después pasó a la parroquia de San Pedro Sacatepéquez, (1955-1956), luego a Palencia (de 1956 a 1959). Desempeñó los cargos de Canciller de la Curia Eclesiástica Metropolitana, siendo Arzobispo Monseñor Mariano Rossell. Este gran Arzobispo dejó en su modo de ser y hacer sacerdotal ideales y convicciones que nunca abandonaría en su vida,

⁵ En una ocasión cuenta el P. R. Mendoza, que lo acompañó por algún tiempo en esas parroquias, hicieron una gira misionera, que partiendo de Patzicía, recorrieron Zaragoza, Acatenango y Yepocapa, para salir a Santa Lucía Cotzumalguapa, en la costa, donde llegaron a encontrarse con los PP. Franciscanos.

entre otros, el estar siempre tan atentos a las realidades espirituales de la gente y la superación material de los más pobres, a lo que se suma el nunca claudicar ante ninguna ideología o los halagos del poder.

En la Curia pasó hasta 1967, desempeñando al mismo tiempo funciones de capellán de Santa Clara, párroco de El Sagrario, Consiliario de Cursillos de Cristiandad, y



párroco de Candelaria, de 1966-1967. De estos años va a ser muy determinante el tiempo transcurrido muy cerca de Monseñor Rossell; siempre fue su admirador, en él encontraba confianza y ayuda; Monseñor Gerardi siempre recordará con insistencia que la Carta Pastoral del Episcopado Guatemalteco “Sobre los Problemas Sociales y el Peligro comunista en Guatemala”, del 15 de agosto de 1962, es el documento colectivo más importante de la década, en el que se apuntó directamente a las raíces de la injusticia social que se venía padeciendo, y esta era la preocupación fundamental de Monseñor Rossell. De haberse tomado en cuenta las indicaciones de los Obispos, tal vez parte del problema social se hubiera resuelto, en una Guatemala en la que las diferencias estaban ya generando problemas sociales serios.

Monseñor Juan Gerardi recién ordenado Obispo.
(Fotografía: colección privada.)

Obispo. El 9 de mayo de 1967 el Papa Pablo VI lo nombra Obispo de la Diócesis de La Verapaz, siendo consagrado en la Catedral Metropolitana de Guatemala el 30 de julio de 1967. Toma posesión de su diócesis el 11 de agosto de ese mismo año 1967. A su llegada a Cobán encontró una situación un poco difícil, aún de carestía; dos sacerdotes que le acompañaron desde la capital cuentan que comían en el escritorio del despacho de la residencia del Obispo, pues ni siquiera había mesa. Allí ejerció su ministerio episcopal como Obispo titular, hasta que en septiembre de 1974 fuera elegido tercer

Obispo de la Diócesis de Santa Cruz del Quiché, donde inició su ministerio el 7 de diciembre de 1974, cuando tomó posesión de la misma. Algunos le manifestaron que no dejara La Verapaz, que no se fuera para el Quiché; pero como era un hombre de una gran disponibilidad a la Iglesia, aceptó sin condiciones ir al Quiché.

Continúa, sin embargo, como Administrador Apostólico de La Verapaz, situación que le provocaba grandes viajes y la duplicación de las tareas. En ambas Diócesis conoció de cerca la realidad del mundo indígena, q'eqch'ies, pokonch'ies, k'ich'es, ixiles. Participó en los primeros encuentros de promoción de una genuina pastoral indígena, de forma que la Iglesia en Guatemala se hiciera más cercana a los pueblos mayas, en el anuncio del Evangelio. De múltiples maneras apoyaba la religiosidad y las tradiciones de fe de un pueblo que recurre a Dios en cada momento.

7 Lema episcopal. El programa de su ministerio pastoral como Obispo, “**constituido al servicio de Dios a favor de todos**” (Heb 5, 1)⁶, quedó bien señalado con la bella Carta Pastoral que dirigió al pueblo de Dios de su Diócesis, al cumplirse el primer año de ser Obispo de La Verapaz; lleva por título: “*A la luz del Vaticano II: DIÓCESIS, COMUNIDAD VIVA Y OPERANTE*”, del 30 de julio de 1968. Consciente como era de la responsabilidad pastoral del Obispo “puesto por el Espíritu para ocupar el lugar de los Apóstoles”, busca en primer lugar, **conocer la realidad** del pueblo al que ha sido enviado; al respecto, manifiesta: “Conscientes de nuestra grave responsabilidad y deseando que nuestra labor pastoral sea efectiva y de provecho, tanto para los sacerdotes, nuestros íntimos colaboradores, como para todos los fieles que nos han sido encomendados, el tiempo que hemos permanecido en la Diócesis lo hemos dedicado, hasta hoy, a observar la realidad, a estudiar las diversas situaciones y necesidades, y de acuerdo con ellas elaborar un plan de trabajo pastoral”. Más adelante señala: “Nuestra intención es exponer y proponer en la presente carta pastoral los lineamientos generales y las “ideas fuerza” que nos deben animar, mover y dirigir a un verdadero espíritu de renovación, según la doctrina expuesta por el Concilio Vaticano II”.

8 Promotor del Concilio. Manifiesta que la realidad de La Verapaz le sobrepasa humanamente, y para ella quiere una acción pastoral compartida viva y actual, que se alimenta de la renovación eclesial e institucional que nace con el Concilio Vaticano II (1962-1965). Decía en su Carta: «Con el Papa Juan XXIII, queremos que se realice en nuestra Diócesis la nueva primavera de la Iglesia que él proféticamente anunció»; y más adelante recalca: «Si meditamos esta doctrina, haciéndola vida en nosotros, lograremos una acción pastoral, viva y actual, de acuerdo con las necesidades de la hora presente y haremos que nuestra Diócesis se edifique como una verdadera iglesia particular en la que esté presente la Iglesia Universal»⁷.

6 Lema de su episcopado: «*Pro hominibus constitutus*».

7 El texto completo de la Carta puede verse en la sección de escritos de Monseñor Gerardi, en el libro *MONSEÑOR JUAN GERARDI: TESTIGO FIEL DE DIOS*, pp. 2-26.

9 La Iglesia al servicio de los pobres. Su nombramiento como Obispo se da, pues, casi dos años después de la conclusión del Concilio Vaticano II, y como Obispo de una Diócesis entonces difícil geográficamente hablando, pero también por la situación económico-social de la mayoría de la población, lo coloca en una coyuntura de renovación eclesial sumamente prometedora, en la que la Iglesia guatemalteca va entrando muy lentamente, sobre todo a raíz de la IIª Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, celebrada en Medellín, Colombia, en agosto-septiembre de 1968. Son los años del entusiasmo por el desarrollo, como meta posible económicamente hablando, y de un despertar fuerte de las realidades de participación político-sociales. Por las mismas fechas, también en Guatemala se celebraba la Primera Semana de Pastoral de Conjunto (1ª semana del mes de septiembre), con la que la Iglesia guatemalteca asumía los retos pastorales del Concilio Vaticano II. Monseñor Gerardi, por entonces Obispo joven y con gran entusiasmo, fue uno de los grandes promotores de este encuentro eclesial nacional, tanto en su preparación, como en la fase de seguimiento. En 1970 asistió con otros Obispos, a un encuentro de renovación pastoral en Medellín, Colombia, sumamente fecundo y enriquecedor, sobre todo por las propuestas que se derivaron del análisis y estudio de las conclusiones de la IIª Asamblea General del Episcopado Latinoamericano, que dos años antes se había realizado en esa misma ciudad colombiana. Promovió la participación de los laicos, la radio, la educación, la alfabetización, los delegados de la Palabra⁸ y la pastoral indígena.



Monseñor Gerardi monta a caballo en una de sus numerosas visitas a las comunidades más lejanas. (Fotografía: colección privada.)

⁸ Esta experiencia de los “delegados de la Palabra” nació en la Diócesis de Choluteca, Honduras, en 1966; el Obispo Marcelo Gérin, reúne durante varios días a 17 líderes, de distintas comunidades, y tras un breve cursillo, y con unos folletitos en la mano, son enviados a celebrar la liturgia de la Semana Santa en sus respectivos lugares de origen. Andando el tiempo, esta experiencia alcanza un éxito inesperado, dentro y fuera de Honduras.

10 Evangelización. Su participación en la vida de la Iglesia en Guatemala fue siempre muy activa; era sumamente apreciado y querido entre el clero y los Obispos, de forma que desde 1972 fue elegido para el cargo de Presidente de la Conferencia Episcopal (CEG) por dos períodos consecutivos, 1972-1974, y luego, 1974-1976; repetirá de nuevo este cargo, de 1980 a 1982, al que renunció por encontrarse en exilio. En 1974, la Conferencia Episcopal lo había elegido como delegado al Sínodo de los Obispos, que se celebró en Roma sobre el tema de la Evangelización⁹. Un tema a su medida, para un hombre de Dios audaz y emprendedor. Aunque siempre prudente, y no el primero en lanzarse ante lo nuevo que se propone. En el Sínodo fue elegido como uno de los relatores de los círculos menores de trabajo de lengua española y portuguesa. Allí conoció también al Arzobispo Karol Wojtyła, futuro Papa, que tenía a su cargo la parte teológica del tema de la evangelización. Esto le daba la oportunidad también a Gerardi de presentar aquello que era parte de su vida y trabajo. Es importante destacar que entre las propuestas que a su grupo le tocó elaborar y que él mismo presentó a la Asamblea, se encuentran aspectos que lo han caracterizado particularmente en su ministerio pastoral como Obispo. En dicha relación empieza centrándose en los “signos de los tiempos”, capaces de ofrecer hoy nuevas oportunidades de evangelización, pues es el mismo Espíritu Santo quien mueve desde su interior la cooperación humana al servicio de la evangelización. Interpretar los signos de los tiempos no es fácil, porque la historia de los hombres oscila entre el reino y el no reino: se requiere por tanto humildad y sencillez, sin ceder a un ingenuo optimismo que conduce a la inflación de los signos. “Dios no se manifiesta nunca -dicen- a través de acontecimientos ambiguos o negativos. Hoy es necesario poner atención a aquellos hechos sencillos que en la Iglesia expresan el regreso a lo esencial, a la fidelidad, a la oración, al encuentro caritativo con los hermanos, a la plena e íntegra libertad. El discernimiento de los signos de los tiempos abre nuevos caminos al positivo ejercicio del magisterio”.

11 En el Sínodo de Obispos en Roma. Esta reflexión sinodal, que luego de alguna manera pasó a la Exhortación *Evangelii Nuntiandi* (1975), acompañó como ideal toda su vida a Monseñor Gerardi. Todavía más, en aquel Sínodo y en el mismo documento presentado por Monseñor Gerardi en la Asamblea de Obispos de todo el mundo, en otro párrafo que se refería a la comunión en la Iglesia, se decía: “encontrar el necesario equilibrio entre el diálogo y la firmeza de la doctrina es tarea de los Obispos, los cuales deberán tener cuidado de la firmeza de la fe y a la vez de la comprensión pastoral para atender las legítimas diferencias”. La última sección de la presentación a la que nos referimos, afirma que existe una relación directa entre el crecimiento del Reino de Dios y el auténtico desarrollo humano, donde se insiste que “la teología de la salvación entendida como liberación abraza dos aspectos entre sí muy unidos: a) liberación como punto de partida, entendida como superación del pecado en las diversas dimensiones; personales y sociales; liberación como término de llegada, es decir, caracterizada por aquella tensión que nos asemeja cada vez más a Cristo, imagen

⁹ Que tuvo lugar en el Vaticano, del 26 de septiembre al 26 de octubre de 1974.

del Padre”. b) Como segundo momento, inseparablemente unido al primero, está la liberación humana “que no se entiende solo en sentido individual: porque abraza la realidad social y debe influir sobre la transformación de las estructuras. La liberación presupone la aceptación de la conversión y de la reconciliación con Dios y con los hermanos y la superación de la tentación de la violencia. La Iglesia vive atenta a la completa liberación de los hombres cuando, ofreciéndoles los bienes del evangelio de la gracia, los empuja a reconocerse hermanos porque son hijos de un mismo Padre”. Estas afirmaciones van a constituir el substrato del actuar pastoral subsiguiente en la vida de Monseñor Gerardi¹⁰. Este ministerio, tan fecundo pastoralmente, y tan deudor de la más rica tradición de la Iglesia en materia social, habría de acarrearle dificultades internas y externas a la Iglesia.

Obispo de El Quiché

12 Poco después del Sínodo fue trasladado al Quiché, una realidad nueva, también indígena; con pocos agentes de pastoral, y con retos difíciles de asumir. En la Diócesis de Santa Cruz del Quiché también ejerció su ministerio episcopal, en un territorio muy extenso, difícil y diversificado, en años en los que la situación de la violencia crecía considerablemente. No dejaba de estar preocupado por la responsabilidad que suponía ser Obispo en el departamento, posiblemente, más pobre de la república de Guatemala. Tanto La Verapaz como El Quiché, han sido secularmente departamentos caracterizados por índices de pobreza alarmantes. Cabe recordar que el Departamento del Quiché era y sigue siendo el departamento más pobre de Guatemala. Entonces y ahora las condiciones de los campesinos, en su mayoría indígenas, eran sumamente precarias; debían emigrar en grandes contingentes “a la costa”, para hacer trabajos temporales, según las estaciones de cosecha, y así paliar la situación de pobreza de sus propias familias. Esta sola expresión “a la costa”, insinuaba para el campesino indígena un sobre esfuerzo laboral, rayando, a veces, en la esclavitud, que asumían porque no había más remedio que rendirse a tales condiciones de trabajo, si quería sobrevivir.



Obispo de El Quiché.
(Fotografía: colección privada)

¹⁰ Puede verse este documento en el libro JUAN GERARDI, TESTIGO FIEL DE DIOS, de la CEG, 1999, en las pp. 49-51.

13 El Quiché era una Diócesis reciente, creada en 1967, con poco clero autóctono; todo el trabajo pastoral desde 1955 fue configurado según el hacer propio de los Misioneros del Sagrado Corazón, que trabajaron denodadamente en la evangelización, la promoción religiosa, social, económica y cultural de la gente; el Concilio, la encíclica social de Pablo VI *Populorum Progressio* (1967), las conclusiones de Medellín (1968), generaban nuevas expectativas y propuestas pastorales, que privilegiaban la promoción de un desarrollo que fuera sacando poco a poco a la gente del estado de postración en la que ciertos poderes los mantenían. Sin embargo, Monseñor Gerardi, no encontró una Iglesia en Quiché diocesana, con agentes propios. Ciertamente la Acción Católica, configuraba entonces el modo propio del ser y el hacer de la Iglesia en el Quiché; su fuerza eran los laicos, los catequistas. Como bien ha dicho uno de los misioneros que dejó sudor, lágrimas y sufrimientos entre montañas y selvas, “nosotros fuimos como el arado roturador que fue abriendo los primeros surcos del evangelio; otros tendrán que venir para que afinen la tierra y la preparen para la siembra; es lo que se está haciendo ahora”; se refería a la nueva situación de los años ‘90, vistos en retrospectiva.

14 Promoción humana. Sin embargo, las primeras dificultades para la Iglesia no se hicieron esperar; con la creación de las cooperativas, la Iglesia empezó a resentir los primeros enfrentamientos con el estamento de poder local, que se oponían a la posibilidad de que se les abrieran caminos de una mejor calidad de vida a la gente secularmente pobre del departamento; las cooperativas permitieron mejoras considerables a mucha gente sencilla del Quiché; establecieron igualmente, las bases de una sólida organización popular; luego llegaron algunas amenazas y expulsiones, con acusaciones burdas, como la que se hizo contra el párroco de Joyabaj, que coincidió con las que se hicieron contra otros sacerdotes, que tuvieron que abandonar el país, cuando en 1974 se les acusa de hacer campaña política desde el púlpito. En aquel momento, Monseñor Gerardi abogó ante el presidente Carlos Arana Osorio, para que se revocara la orden de expulsión; poco éxito tuvo la mediación, cuando se sabía que desde julio de 1970, la seguridad se garantizaba con el terrorismo de Estado. En ese mismo año, la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, condenaba al Estado guatemalteco en base a las “graves violaciones al derecho a la vida, a la libertad y a la seguridad de la persona humana”. Declaraba que desde noviembre de 1970, fecha en que se implantó el estado de sitio en Guatemala, se produjeron alrededor de 700 asesinatos inspirados en motivos políticos, cuyos autores “gozan de la total protección gubernamental y, por lo tanto actúan con total impunidad”.

Promotor de catequistas. Por su parte, la Diócesis contaba con un contingente grande de catequistas en cada parroquia, sumamente disponibles y generosos; verdaderos hombres de fe, con sabiduría y probados en todo. La vida eclesial se regía en esencia por el estilo de organización y propuestas que ofrecía el modelo de la Acción Católica, fundada unas décadas antes por Monseñor Rafael González Estrada. Aún en los rincones más apartados de la geografía del departamento, se fue haciendo paulatinamente presente la vida de la Iglesia por medio de la Acción Católica. Este

acontecimiento abría la esperanza de la gente. Este modo de proceder fundaba parte de su éxito en la organización, en el trabajo incansable de los agentes de pastoral, y en los logros que se iban alcanzando, desde una organización de base muy compartida.



El cariño y preocupación de Monseñor Gerardi con los más pobres es evidente en esta visita a una comunidad de El Quiché. (Fotografía: colección privada.)

La Iglesia abrió caminos de participación nunca antes soñados por la gente; se crearon escuelas, se hicieron caminos, se mejoró la producción, creció ciertamente, el nivel de vida (palabra clave en aquel tiempo). Estas propuestas, muchas veces ya no podían ser resueltas dentro de los márgenes de las parroquias, de modo que la iniciativa particular se fue abriendo paso en organizaciones de todo tipo, que fueron consolidando la participación siempre creciente de la sociedad civil en un departamento, que poco significaba todavía en el ámbito económico nacional, pero mucho como mano de obra barata y aún como potencial fuerza política. De esto se percataron algunos políticos, y sobre todo los gobiernos de la época, que nunca ofrecieron respuestas válidas y positivas a este fenómeno social tan prometedor.

15 Los signos del martirio. En 1976 fue asesinado el P. Guillermo Woods, encargado de las cooperativas en la región del Ixcán Grande, norte del departamento. Su avioneta cayó cerca de San Juan Cotzal (Quiché), en un accidente difícil de entender únicamente como un accidente casual. Este proyecto de Ixcán era compartido por las Diócesis hermanas de Huehuetenango, donde era Obispo Monseñor Víctor H. Martínez, y Quiché. Al P. Woods, lo reemplazó un sacerdote alemán, el P. Carlos Stetter, que fue a su vez expulsado del país por el Gobierno a finales de 1978. Este fue uno de los signos más claros y el inicio de una sistemática persecución contra la Iglesia. Progresivamente las acciones violentas de diversa índole se fueron entrecruzando en un departamento donde el accionar del Ejército contra los grupos guerrilleros fue recrudeciendo. La misma CEG se veía imposibilitada para ofrecer respuestas a una situación que día a día adquiría contornos más trágicos; un Obispo, en septiembre de 1977, manifestaba en una carta a Monseñor Gerardi, entonces Presidente de la CEG:

«Para la próxima reunión a celebrarse dentro de unas dos o tres semanas, me parece debe pensarse sobre la situación de violencia grave que estamos sufriendo en las diferentes Diócesis. Y quizá no podemos callar, el que se nos estén matando catequistas, se persiga a la Iglesia... Creo valdría la pena un estudio detenido y de discernimiento con oración, para saber lo que el Señor quiere que hagamos como Jerarquía, orientando a nuestras comunidades diocesanas».

Busca más sacerdotes. Preocupado por la escasez de clero en la Diócesis y las grandes necesidades espirituales de su pueblo, viajó a Europa, en busca de sacerdotes; visitó en España a los Obispos de Valladolid, Santiago de Compostela, Santander, Zaragoza, Oviedo; éste último, Don Gabino Díaz Merchán, le respondió positivamente. En aquel mismo viaje visitó el Vaticano, donde habló con el Card. Baggio; posteriormente dedicó unos días a visitar Tierra Santa.

16 La iglesia, al servicio de la vida. La realidad sociopolítica del departamento, tomó por su parte derroteros que implicaban a la Iglesia en muchos caminos, no siempre queridos y menos aún aceptados; el desarrollo promovido como un bien para todos por la misma Iglesia, si bien no se salía de los márgenes de la Doctrina Social de la Iglesia, de acuerdo a los documentos del más reciente magisterio de los Papas, era aprovechado por ciertas organizaciones políticas partidistas, que proponiendo a su vez un estilo propio de desarrollo, hacían prosélitos en medio de las filas de cuantos habían sido trabajados por los distintos ámbitos de Iglesia. El desarrollo propuesto, más deudor de los modos modernizantes que de las tradiciones locales, conllevaba a veces un rechazo del pasado, entendido como el tiempo del atraso y la ignorancia; con esta negación, se rechazaban a la vez aspectos válidos y tradicionales de la vida de los pueblos, de sus costumbres culturales y aún de las tradiciones religiosas, que no tenían por qué rendirse a un desarrollo que también llevaba en su ideología, junto a la propuesta de la modernización y la misma secularización en germen, un cierto

desprecio del pasado y de la cultura. Estos espacios, se presentaban a veces como fronteras de oposiciones y enfrentamientos, que en algunas ocasiones pasaron de lo verbal a acciones reñidas con la pacífica convivencia. Era difícil manejar una situación, en la que la gente había madurado las causas que originaban sus condiciones de vida, y sobre todo en momentos en los que las organizaciones guerrilleras, muy presentes en el departamento, apuraban una solución por la vía armada, más animados por el entusiasmo de la victoria sandinista en Nicaragua, que en atención a las condiciones reales de Guatemala; las organizaciones campesinas, en las que participaron a título personal algunos agentes ligados de alguna manera a la Iglesia, también coincidían en que las condiciones de lucha estaban dadas, y se iban imponiendo en ciertos sectores más por fuerza que por razón, la idea de que el momento reclamaba pasar de la resistencia pacífica al compromiso en la lucha por el cambio de estructuras.

Persecución a la Iglesia

17 Ejército y represión. En estas condiciones, la represión no se hizo esperar, de tal forma que las campañas contrainsurgentes de los organismos de seguridad del Estado y el ejército, fundados en la llamada doctrina de la Seguridad Nacional, se ensañaron con lujo de fuerza contra la población civil. En un primer momento, este despliegue de fuerza hizo más guerrilleros, que la ideología predicada por la dirigencia insurgente.

A su vez, la Iglesia empezó a ser un objetivo directo de diversas acciones de muerte por parte del aparato contrainsurgente y de los organismos de seguridad del Estado¹¹. La violencia alcanzó situaciones indescriptibles de 1980 a 1983, años en los que la Iglesia sufrió muchas muertes en sus agentes de pastoral: sobre todo en catequistas y directivos de las comunidades cristianas; la represión era indiscriminada, y por momentos irracional en grado extremo; el 31 de enero de 1980, fue incendiada la Embajada de España en Guatemala; murieron calcinadas unas 39 personas, en su mayoría campesinos indígenas del Quiché, que buscaban sin éxito ninguno, ser escuchados por las autoridades ante la violación permanente de sus derechos. Eran los años del régimen militar del general Romeo Lucas García, de triste memoria para el pueblo guatemalteco.

18 La Iglesia busca la paz. La Diócesis de Santa Cruz del Quiché, con su Obispo Juan Gerardi a la cabeza, emitió entonces un vehemente comunicado de condena de tales hechos de violencia, condenando a la vez, otros hechos más que se perpetraban contra los sencillos habitantes indígenas del Departamento. A pesar de todo, ese año emprendió con los agentes de pastoral, la realización del Plan Diocesano de pastoral, que prácticamente lo tenían terminado en el mes de mayo, pero en circunstancias límites, en las que los agentes de pastoral estaban disminuyendo significativamente en

11 Los señalamientos eran muchos; a principios de 1979 fue distribuida una hoja panfletaria anónima titulada "Alternativa: libertad o comunismo"; en ella se acusaba de comunistas, de forma burda e injusta, a dos Obispos: Monseñor Luna, de Zacapa, y Monseñor Flores, de La Verapaz.

la Diócesis. Nunca se pudo implementar. En alguna carta, Monseñor Gerardi manifiesta a los Obispos que prácticamente, hasta él mismo ya tiene que ejercer funciones de párroco en la catedral, por falta de sacerdotes que le ayuden.

19 El terrible año 1980. Para Monseñor Gerardi los signos de la violencia eran visibles de muchas maneras; no sólo eran las muertes diarias en Guatemala, era todo el sistema el que se descomponía, por la carencia de un mínimo de humanismo. La corrupción había penetrado los estamentos de poder de tal manera, que la falta de ética era casi absoluta; en el caso de Quiché, no exenta igualmente de racismo. ¿Cómo no recordar al P. Hermógenes López, asesinado en San José Pinula el 30 de junio de 1978, o la masacre de Panzós, que se repite sin piedad en los sucesos de la Embajada de España? ¡No eran hechos aislados! Y Monseñor Gerardi lo sabía bien¹². Pero las cosas no quedaron ahí; los primeros meses de 1980, habían sido un ir y venir de acontecimientos trágicos también en el departamento del Quiché; Monseñor Gerardi, a la cabeza de su Iglesia había condenado nuevamente muchos de los abusos a los derechos humanos que a diario se cometían. De ello dan cuenta los “comunicados” emitidos en esos meses, y que se pueden leer en la presente publicación, en la sección de los escritos que se refieren a Monseñor Gerardi¹³. Desde Escuintla, las noticias no eran mejores; Monseñor Mario Enrique Ríos tenía amenazas y ya habían sido asesinados los sacerdotes Conrado de la Cruz y Walter Voordeckers, CICM, (mayo de 1980) junto con algunos agentes de pastoral catequistas. Monseñor Gerardi, siempre clarividente en sus análisis, intuía que las cosas en Quiché no tendrían mejoría a corto plazo en un contexto nacional tan decadente, si bien, con mucha esperanza tentó caminos de solución pacífica al conflicto que se avecinaba para la población.

20 Obispos señalados. En mayo la CEG se reunió de forma extraordinaria, y en esa ocasión el centro lo constituyeron los informes de Monseñor Gerardi (sobre el Quiché) y de Monseñor Ríos, sobre Escuintla. Los Obispos cerraron filas al lado de sus hermanos; acordaron emitir un comunicado para iluminar la situación, señalando de manera firme su parecer, pidiendo un diálogo con las autoridades, y haciendo ver que “todo lo que es promoción humana o pastoral social está siendo visto como favorecer al comunismo por parte de las autoridades y medios de comunicación social”; por tanto, piensan que el pronunciamiento público para dejar clara la verdadera misión y posición de la Iglesia, era necesario, y así lo hicieron¹⁴.

José María Gran. Algún tiempo después, el 4 de junio de ese mismo año, era asesinado en Chajul (Quiché) el Padre José María Gran Cirera, MSC, junto con su sacristán, Domingo del Barrio Batz, cuando regresaban de una gira misionera, de las

12 A él le tocó como Presidente de la CEG, dirigir una carta al Episcopado salvadoreño (27 de marzo de 1980), cuando fue martirizado Monseñor Romero.

13 Ver sección: Testigo fiel: Documentos, en el libro: JUAN GERARDI: TESTIGO FIEL DE DIOS.

14 CEG, AL SERVICIO DE LA VIDA, LA JUSTICIA Y LA PAZ. 1997, documento 33, pp. 173-175.

que acostumbraban frecuentemente, por las aldeas de la parroquia. Los funerales fueron presididos en la iglesia de Chichicastenango, por los Obispos Monseñor Luis Manresa (Quetzaltenango) y Monseñor Mario Enrique Ríos (Escuintla), junto con 44 sacerdotes más. Algo más de un mes después, el 10 de julio, era igualmente asesinado otro sacerdote de la Diócesis del Quiché, el P. Faustino Villanueva, en su casa parroquial del pueblo quichelense de Joyabaj. Siempre por personas desconocidas, aunque en el caso del P. José María Gran, existe un comunicado del Ejército en el que da cuenta de los hechos, pretendiendo confundir a la opinión pública, al difundir que tropas de la institución armada entablaron combate con una columna guerrillera, dando muerte a dos de sus integrantes. ¡Qué ironía!

21 ¡Quieren matar al Obispo! Otros agentes de pastoral fueron amenazados y debieron abandonar sus parroquias y campo de trabajo. Monseñor Gerardi fue consciente en evaluar la gravedad de las circunstancias y cómo se le cerraban los espacios a la Iglesia; siendo un hombre muy clarividente al analizar la realidad del pueblo, no cedía en las posibilidades de diálogo con las autoridades, sobre todo militares, con el fin de ahorrar al pueblo una tragedia. Nos consta que hizo todo lo posible de su parte, ciertamente sin conocer, que el plan institucional había optado por la violencia represiva para resolver el problema de la presencia de las organizaciones guerrilleras en el departamento. No faltaron quienes, desde otra vertiente, le tildaron de iluso, al pretender abogar por un diálogo imposible; algunas personas, que tenían vínculos con la Iglesia, le aconsejaban que abriera las puertas a una resistencia armada de la población, así como en Nicaragua los Obispos habían justificado la insurrección armada contra Somoza en junio de 1979; posibilidad que aún ante la gravedad de los hechos, nunca aceptó Monseñor Gerardi. La opción de la violencia, no encontró nunca eco en su corazón de Pastor, pero las opciones de salida pacífica se cerraban totalmente.

A los pocos días de estos hechos violentos y de dolor para la Diócesis del Quiché, se conoce el atentado planificado contra el mismo Obispo, Monseñor Juan Gerardi; los catequistas del pueblo de San Antonio Ilotenango, donde el Obispo debía ir a celebrar una Santa Misa de primeras comuniones, avisaron, y el hecho trágico, afortunadamente no se consumó. Es entonces cuando el Obispo y los poquitos agentes de pastoral que quedaban en la Diócesis para la fecha, toman la decisión dolorosa de salir temporalmente de la misma (21 de julio de 1980), como signo de denuncia de los hechos que se venían dando contra la Iglesia de forma tan trágica y sistemática. Por entonces, ser catequista y miembro de la Acción Católica, era sinónimo de guerrillero, independientemente de cualquier otra consideración, por tanto blanco de cualquier acción que le pudiera acarrear la muerte, a él o a miembros de su familia. La persecución contra la Iglesia era abierta e implacable. Ya no se miraba el signo ideológico: ser catequista o sacerdote en El Quiché, se tomaba como una actitud de reto al ejército, que éste reprimía sin miramientos. Había que acabar con los curas del Quiché, incluso con el Obispo, ¡porque todos eran comunistas y guerrilleros! En

las aldeas y cantones la gente empezó a sufrir gran presión; se cerraron los oratorios, que sólo con el permiso del comandante del lugar se podían abrir; los catequistas enterraban las Biblias, los objetos religiosos, las imágenes, rosarios, catecismos, libros de cantos, de alfabetización, de salud...

22 Funerales del P. Faustino. En la misa del entierro del P. Faustino Villanueva, Monseñor Gerardi presidió la celebración en Chichicastenango, y en su homilía resaltó el valor de la actitud del buen pastor que da la vida por sus ovejas, cuyo modelo perfecto es el mismo Jesús, y al que siguió tan de cerca el P. F. Villanueva; uno de los presentes, el P. Jesús Lada, nos ha permitido recordar parte de la homilía del Obispo, en la que se expresaba así: "...Muchas veces creo que nosotros nos olvidamos de esto; muchas veces creemos que la persecución, creemos que el odio, creemos que la muerte, violenta... son cosas extraordinarias; muchas veces podremos considerar también que Dios nos ha abandonado, porque permite eso; pero, hermanos, nosotros con esta luz de la fe, con la certeza que nos da esa fe y con la esperanza, que es esperanza cimentada en Jesús Resucitado, debemos también tener presente que la Iglesia... está en el mundo para esta "hora"... Si nosotros no sabemos compartir eso, si nosotros no sabemos sufrir eso, no podremos redimir el mundo, no podremos ser nosotros los que vayamos a proclamar la Buena Nueva..."

La homilía se interrumpió varias veces, porque la emoción y la tristeza podían con el abatimiento en el que se encontraba el Obispo, al verse en la realidad de tener que enterrar al segundo sacerdote asesinado de su Diócesis. Monseñor Gerardi era un hombre muy humano y hasta cierto punto, tímido. Muy lejos de él han quedado las actitudes prepotentes o de arrogancia. Retomando nuevamente el Evangelio proseguía la homilía, siempre entrecortada por las lágrimas que recorría sus mejillas: "Dios nos está hablando. Y aquí, como ha dicho el padre Carbonell, tenemos a un hermano, que ha muerto y que ha muerto violentamente y que ha pasado su hora; que participó con Jesús en esa intensidad de su hora; que, como Jesús, fue molesto; que, como Jesús fue perseguido; que, como Jesús, fue perseguido; que, como Jesús, fue también condenado a muerte, porque era molesto para los hombres, era molesto para el mal, era molesto para todos aquellos que se oponen realmente al pensamiento y amor de Dios; era molesto para aquellos que se oponen a la realización del hombre, era molesto para aquellos que realmente no tienen corazón para amar, que no tienen absolutamente nada, ni siquiera para sentir, como he dicho alguna vez ya, los sentimientos más elementales que puede sentir un animal cualquiera y, que, sin embargo, el hombre llega a tal estado de irracionalidad que no es capaz de sentirlos"¹⁵. Qué poca literatura hay en estas expresiones prodigadas desde lo hondo de un corazón herido, pero ¡cuánta vida, y cuánto sentido humano y cristiano al referirse a la realidad vivida, trágica y a la vez esperanzada!

15 Ver en MONSEÑOR JUAN GERARDI: TESTIGO FIEL DE DIOS, el bello testimonio del P. Jesús Lada «Testimonio de un tiempo compartido con Monseñor Gerardi». Pp. 299-311.

Gerardi unió en su homilía la “hora” de J.M. Gran y de Faustino Villanueva a la “hora” del mismo Jesús; ellos participan de su muerte, es la hora del testimonio y de la verdad. La causa martirial encuentra su razón de ser en la cruz de Jesús, en su muerte y resurrección. ¡Pero cuánto sacrificio implica ese trago tan amargo, para un Pastor como Monseñor Gerardi, aparentemente frío y calculador!

Dura decisión: salir de El Quiché. Como consecuencia de todos estos hechos, que constituyen una persecución sistemática contra la Iglesia, debió salir de la Diócesis temporalmente el 20 de julio de 1980, protegido, y de forma muy discreta¹⁶; sin embargo, ya no pudo regresar a ella. En esos días tan amargos, pasó por los conventos de varias comunidades religiosas, desde las Hermanas Dominicas de la Anunciata en Chichicastenango, las Esclavas del Sagrado Corazón, en la capital, o los carmelitas de Santa Teresa, en la Zona 1, también de la capital. De esa forma pudo disimular más fácilmente su presencia, y huir de quienes pretendían tenderle un atentado. Se establecieron las estructuras mínimas para seguir en contacto con los catequistas de algunos pueblos, haciendo todo lo posible para que éstos no arriesgaran su vida, en el trabajo pastoral, y pudieran referirse a las parroquias cercanas de La Verapaz, Sololá...

23 Visita al Papa. A las pocas semanas, Monseñor Juan Gerardi, que cumplía funciones de Presidente de la Conferencia Episcopal de Guatemala, salía en un viaje hacia Roma, junto con Monseñor Próspero Penados del Barrio¹⁷, para asistir al Sínodo sobre la Familia, que habría de celebrarse en el Vaticano, y de paso o tal vez, como objetivo principal, informar a S.S. el Papa Juan Pablo II, sobre la realidad guatemalteca y los acontecimientos de la Diócesis de Santa Cruz del Quiché.

Fruto de esta visita es la extraordinaria carta que el Santo Padre dirigió en noviembre al Episcopado guatemalteco, y que tanto alarmó a las autoridades militares del gobierno de entonces; en ella el Papa Juan Pablo II trataba de confirmar la esperanza de los Obispos guatemaltecos en momentos de persecución para que ellos se la transmitieran al pueblo; en ella les decía: “Las noticias sobre las condiciones de vuestra nación y, en particular, de vuestras comunidades eclesiales, encuentran en mi ánimo un eco profundo, que se hace plegaria y se traduce en el deseo de estar cerca de vosotros, de modo muy especial en vuestra misión pastoral, expresándoos confortamiento y aliento”. Al respecto de la persecución contra la Iglesia, el Papa reconoce: “Comparto vuestro dolor por el trágico balance de sufrimientos y de muertes que grava, y no da señales de disminuir, sobre tantas familias y sobre vuestras comunidades eclesiales depauperadas no sólo de no pocos catequistas, sino también de sacerdotes, muertos en circunstancias oscuras, a veces de manera vil y alevosa”. Es importante fijarse en los adjetivos con los que el Papa denuncia la persecución de los catequistas y agentes de pastoral.

16 Ver comunicado de la CEG del 24 de julio de 1980, AL SERVICIO DE LA VIDA, LA JUSTICIA Y LA PAZ, n° 807.

17 Entonces Obispo de San Marcos, y vicepresidente de la CEG.



**Monseñor Juan Gerardi en su visita a S.S. el Papa Juan Pablo II.
(Fotografía: colección privada.)**

24 Más adelante se refería propiamente a la situación de la Diócesis del Quiché: “Me entristece, en particular, la grave situación que se ha producido en la Diócesis de El Quiché, donde, a causa del multiplicarse de acciones criminales y de amenazas de muerte contra eclesiásticos, la asistencia religiosa a la comunidad eclesial sigue faltando del todo. La raíz del malestar que turba a la sociedad guatemalteca la habéis visto, Venerables hermanos, en una «crisis profunda de humanismo», que ha llevado a que fueran desplazados los valores del espíritu, dejando paso abierto al egoísmo, la violencia y el terrorismo”. El Papa se solidariza estrechamente con sus hermanos Obispos de Guatemala y denuncia claramente las causas del mal que padecemos: “Es un deseo general, desde hace tiempo, que se realicen las reformas sociales necesarias para una vida, en Guatemala, más justa y más digna de todo hombre...”¹⁸ Esta carta del Papa, no cayó bien en el corazón torcido de las autoridades guatemaltecas; más que recibir su mensaje, les dio pie para seguir golpeando a la misma Iglesia. La consecuencia inmediata recae gravemente sobre la misma persona de Monseñor Juan Gerardi.

¹⁸ Esta carta del Papa Juan Pablo II, dirigida a los Obispos de Guatemala, lleva por fecha 1 de noviembre de 1980. Puede leerse en *MONSEÑOR JUAN GERARDI: TESTIGO FIEL DE DIOS*, en las pp. 67-68.

25 Sínodo en Roma. Después de asistir al Sínodo, y teniendo en cuenta que el Papa le había pedido regresar a la Diócesis, aún en las condiciones de militarización y persecución en las que se encontraba el Departamento del Quiché, Monseñor Gerardi decidió regresar a su Diócesis, aunque el corazón y la mente le dictaran otra cosa; ciertamente, Monseñor Gerardi esperaba, posiblemente, una palabra distinta del Papa; algo así como dándole a entender que esperara el tiempo más oportuno para regresar. El sabía que el Papa era consciente de la situación, pero se resistía a pensar que le pidiera un sacrificio que en tales circunstancias implicaba un sobreesfuerzo humano tan grande. Sin embargo, el Papa, se lo pidió, y de tal forma que debía regresar inmediatamente. Dispuesto regresaba el Obispo a cumplir tal mandato, sin embargo, no se hizo realidad, porque a su regreso al País, a finales del mes de noviembre, las autoridades militares de las oficinas de migración del aeropuerto de Guatemala, por órdenes de alto nivel, le impidieron su entrada al País, tal vez providencialmente, aún siendo como era guatemalteco, y teniendo todos sus documentos en regla. De no haber mediado la oportuna intervención de algunos Obispos, y otras personas de Iglesia que se hicieron presentes en el aeropuerto, y entre ellos de Monseñor Rodolfo Quezada que junto con el secretario de la Nunciatura, pudieron pasar a las dependencias de migración donde tenían detenido a Monseñor Gerardi, tal vez hubiera sido allí mismo desaparecido. Para el gobierno no dejaba de ser un comunista peligroso, y por tanto objeto de vigilancia y rechazo.

26 Expulsión de Monseñor Gerardi de Guatemala. Una vez más Dios reservaba su vida para tareas posteriores, que Monseñor Gerardi no despreció, siempre dócil como era a la Iglesia, aunque pasara por el trago amargo de algunas humillaciones duras, pero siempre animado como estaba para seguir ofreciendo sus servicios en favor del Reino de Dios, allí donde la santa madre Iglesia se lo pidiera. Dejar la Diócesis, dejar Guatemala, eran jirones de sufrimiento y martirio que iban templando su alma noble en la firmeza del amor a la verdad.

Debió por tanto, y muy a su pesar, asilarse por un tiempo prudencial en Costa Rica. Visitó la Nunciatura, donde se encontró con Monseñor Ramiro Moliner; el Arzobispo de San José, Monseñor Arrieta, le ofreció que escogiera la parroquia que quisiera; Monseñor Gerardi le respondió, que mejor no; le crearía problemas. Y siendo Obispo se fue como coadjutor a la parroquia de San Juan de Tibás donde dejó gratos recuerdos en su ministerio pastoral. Un año y medio después, y al saber que Lucas García no estaba ya en el poder luego del golpe de Estado (23 de marzo 1982), del que se alegró Monseñor Gerardi, regresó a Guatemala en el período golpista del general Ríos Montt, que andando el tiempo más que mejorar la situación, la complicó tanto para la Iglesia como para la sociedad. El Quiché se militarizó en extremo, como si toda la guerra dependiera de allí, se dio la práctica de tierra arrasada, luego los polos de desarrollo y las aldeas modelo donde se pretendía, decían, “civilizar a la gente que está en la montaña”. Ya en Guatemala y después de renunciar jurídicamente a la Diócesis de Santa Cruz del Quiché (14 de agosto, 1984), fue nombrado Obispo Auxiliar de la

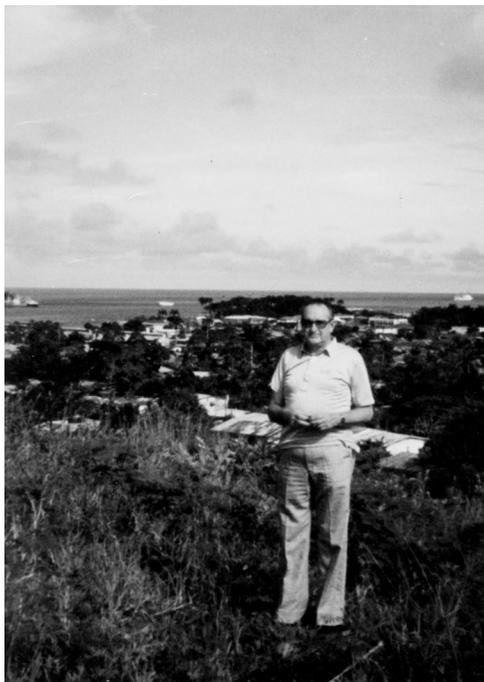
Arquidiócesis de Guatemala, encargado de la Vicaría general y también de pastoral social. En 1984, la universidad de Eichstatt, de la R.F. Alemana en aquel entonces, le concedió el Premio de la Paz, a su esfuerzo y al de la Iglesia en Guatemala, a favor de los derechos humanos, la concordia y la paz¹⁹. Por muchos años se negó a viajar al Quiché; no quería que su presencia en el lugar se pudiera malinterpretar; a fin de cuentas era el gesto de quien quería actuar discretamente, sin interferir para nada en la vida de la gente, para quienes quería siempre todo lo mejor.

27 El contexto había cambiado un poco, y la vista del Papa Juan Pablo II en 1983, no había dejado de estimular el trabajo pastoral, y de confirmar a los Obispos y al pueblo en la fe y la esperanza; en Xela se dirigió al pueblo “tan sufrido y aún sufriente” de Guatemala; reclamó más justicia de modo “que nadie confunda evangelización con subversión”; ¿cómo debieron resonar estas palabras en el corazón de Monseñor Gerardi! Porque cuando se violan los derechos de las personas -dice el Papa-, “Cristo vuelve a recorrer el camino de la cruz y sufre la crucifixión en el desvalido y en el oprimido”. Más aún, ante una violencia desatada y casi irrefrenable, el Papa insistió con la esperanza de que la reiteración del mensaje fuera tan poderosa como las armas: “Se puede hacer morir al hombre poco a poco, día a día, cuando se le priva de los bienes necesarios que han sido creados para beneficio de todos y no de unos pocos”. Aquí, Monseñor Gerardi sintió confirmada, no sólo su fe, sino su mismo trabajo. El Papa se dio cuenta que la realidad de la Iglesia en Guatemala era muy dura, y desde entonces les empezó a recordar a los Obispos que no olvidaran la memoria de los mártires.

En la visita Ad Limina que los Obispos le hicieron al Papa en noviembre de 1983, el Papa les manifestaba claramente:

“...Os aliento a continuar en esa obra, sobre la que tanto insistí durante mi visita a Guatemala. Conozco las dificultades que esto ha creado a veces a la tarea eclesial, y los sufrimientos ocasionados dentro del episcopado, hasta el punto de que algunos Pastores se ven dolorosamente apartados de sus respectivas comunidades; así como tengo presente la larga lista de sacerdotes y miembros de familias religiosas que, en su testimonio de fe y de servicio a su pueblo, han pagado con la sangre o con el secuestro un gravísimo e injustificado tributo a la violencia. A ellos hay que añadir tantos catequistas y delegados de la Palabra, víctimas también de la violencia ciega”
(Vaticano, 6 de noviembre de 1983).

19 Hizo entonces también gestiones en ese viaje para la ampliación del Seminario Mayor Nacional, ante ADVENIAT y las Diócesis de Colonia y Paderborn.



Monseñor Gerardi
durante su exilio en Costa Rica.
(Fotografía: colección privada.)

En los años de la violencia

28 Solidaridad. En la Diócesis del Quiché le tocó asistir a los desastres provocados por el terremoto en febrero de 1976, en varios pueblos del Departamento, fueron muchos los muertos y la destrucción dejó sin vivienda a comunidades enteras, sobre todo en el sur del Departamento; le tocó coordinar los trabajos de ayuda para la reconstrucción de los pueblos, aldeas, iglesias..., junto a todos los agentes de pastoral, pero sobre todo con la estrecha y cercana colaboración en Cáritas de la Hna. Teresa Beorlegui y su comunidad de Hermanas Dominicas del Rosario. Fue un gran tiempo de solidaridad comunitaria, ¡cuánto derroche de energía de los MSG y los sacerdotes y religiosas de la Diócesis, con la generosidad que siempre les caracterizó! En tiempos de la violencia, defendió a la gente, a los catequistas y agentes de pastoral, hasta donde se lo permitieron los estrechos márgenes de libertad concedidos a la Iglesia en esos años de gobiernos militares.

29 Aboga por la paz ante el ejército. Buscó la paz en momentos en los que el poder establecido se decidió arbitrariamente por la guerra y la represión contra el pueblo, y de manera muy particular, contra la Iglesia; se presentó en más de una ocasión ante los representantes de la zona militar del Quiché para llamarles a la cordura; intervino

en ciudad de Guatemala ante el ministro de gobernación, Donaldo Alvarez, y el ministro del Estado Mayor del Ejército de Guatemala, general Mendoza Palomo, para aclararles la posición de la Iglesia en el Quiché, que estaba siendo sistemáticamente amenazada y perseguida. En la reunión mantenida con los altos mandos militares, éstos quisieron imponerle al Obispo el punto de vista de la institución armada, planteándole un sinnúmero de situaciones en las que veían errores de la actuación de la Iglesia en Guatemala y en Quiché. La entrevista entonces, se desarrolló más o menos en estos términos —en un ambiente tenso y de desconfianza—, según el testimonio del mismo Monseñor Juan Gerardi, que acudía ante los representantes del ejército como Obispo del Quiché y Presidente de la Conferencia Episcopal de Guatemala²⁰:

Monseñor Gerardi: —...¡Mucho me temo que combatiendo la guerrilla los militares van a quedar fuera de la ley...; y atacando tanto a la población civil, Uds. están haciendo e incrementando la guerrilla...”

Militares: —“¿Por qué la Diócesis del Quiché no colabora con nosotros?”

Monseñor Gerardi: —“No lo he pensado. Pero la respuesta es un no. Mientras el Ejército esté haciendo lo que hace, no se pueden justificar tantas barbaridades...; más aún, me parece que la guerrilla no mata de la misma forma que lo hacen ustedes, porque políticamente no les conviene; y la gente cree que la guerrilla son sus amigos, y el Ejército sus enemigos...”²¹

El Obispo salió de la reunión con la pena de no haber cambiado en nada la posición de los altos mandos del Ejército, y con el dolor de comprobar que, en su terquedad, seguirían persiguiendo a la población civil de forma indiscriminada.



Soldados que se dirigen a Nebaj, El Quiché, celebran la muerte de sus enemigos.

20 Entrevista personal con el H. Santiago Otero, para el libro EL QUICHE: EL PUEBLO Y SU IGLESIA.

21 EL QUICHÉ: EL PUEBLO Y SU IGLESIA. Pp. 184.

30 El Quiché sin Obispo. Como Obispo, Monseñor Gerardi, era un pastor muy consciente de la realidad del pueblo de Guatemala; los mensajes de la Iglesia del Quiché en aquellos años sonaban proféticos y valientes en momentos tan difíciles. Sin embargo, no se apartaban de lo que la doctrina social de la Iglesia, recomienda para casos similares. Defendió la cordura, la paz y la solución pacífica del conflicto. Nunca fue partidario de las armas. Supo dialogar, aún en los momentos críticos; cuando vio que su palabra podría atraer más desgracias a la gente, guardó silencio, para salvar, al menos la vida, de cuantos quería proteger.

En los años en los que la Diócesis permaneció sin Obispo, las cosas en el Departamento no cambiaron mucho, más bien se agravaron; el 15 de febrero de 1981, asesinaban a uno de los sacerdotes que a fines del año '80, en un gesto de arriesgada generosidad, habían regresado a la Diócesis del Quiché para atender de forma muy discreta la vida espiritual de la gente en el norte del Departamento, se trata del P. Juan Alonso, MSC²². Era un signo claro de que la guerra y la violencia no se detienen ni ante lo más sagrado. Su sacrificio se unía al de muchos sacerdotes más, que en otros puntos de la geografía nacional, habían sido igualmente asesinados por su trabajo en la Iglesia y el compromiso en beneficio de los pobres.

Fueron años en los que miles de campesinos indígenas guatemaltecos huyeron de las regiones de guerra, sobre todo en el Departamento del Quiché, y se refugiaron en distintos lugares de los tres Estados del sur de México. Otros se refugiaron en las montañas y selvas del mismo territorio del Quiché, sufriendo persecuciones y penurias materiales indecibles; así como la separación de familiares y la inseguridad más terrible. Otros más se desplazaron a las ciudades grandes, para disimularse entre la población capitalina y huir de la guerra y la persecución. Aceptada su nueva situación, Monseñor Gerardi se resigna a no poder regresar más al Quiché y servir de otra manera a la causa de la Iglesia y de aquellos que aparentemente había abandonado.

III. DEFENSOR DE LOS HUMILDES Y PERSEGUIDOS

“El sufrimiento de Cristo en su cuerpo místico es algo que nos debe hacer reflexionar. Es decir, si el pobre está fuera de nuestra vida, entonces quizás, Jesús está fuera de nuestra vida”
(Juan Gerardi, 10 de marzo de 1998).

31 Al dejar El Quiché, el corazón de pastor de Monseñor Juan Gerardi se desgarraba en jirones de angustia y dolor. Varias veces lo vieron llorar; no solamente en el entierro de los sacerdotes mártires, o cuando tuvo que salir de Santa Cruz del Quiché, a toda

22 El lema del P. Juan Alonso como misionero era muy sencillo: *«Quiero estar en los lugares donde los carros no lleguen»*.

prisa y casi desapercibido. Posiblemente los caminos se habían cerrado totalmente, no solo al trabajo pastoral, sino a la misma labor humanitaria. Después el exilio, y desde lejos contemplar una patria que se desangra sin remedio. Sigue atento al acontecer nacional, sobre el tema de las violaciones a los derechos humanos, de la represión constante a las organizaciones populares, de las dificultades de la Iglesia para enfrentar la situación. Los Obispos que pasan por Costa Rica, lo visitan y lo mantienen informado. ¿Qué pensaba el corazón inquieto e inconformista de Monseñor Juan Gerardi?

Nadie le pudo ahorrar el trauma de una salida que le acompañó el resto de su vida; ciertamente, una situación así, hubiera hecho sucumbir la psicología de cualquier persona. Monseñor Gerardi fue siempre un hombre de oración, de profunda fe, y dejaba en manos de Dios sus caminos. Nunca dejaba la celebración de la Santa Misa, ni la liturgia de las horas. A veces sonriendo reclamaba a los sacerdotes que tenían el breviario tan bonito, que parecía que no lo usaban nunca... A la oración unió la coherencia de vida, que le permitió vivir siempre disponible a la voluntad de Dios, aún en los acontecimientos más duros de la vida. Ciertamente, en su vida se entrecruzan muchos hilos de la historia de Guatemala, que él sabía colocar muy bien en su momento y circunstancia.

En el arco de historia que le tocó vivir a Monseñor Juan Gerardi, vio crecer la organización de la Iglesia guatemalteca luego que las décadas de dictaduras liberales la pretendieron reducir a las sacristías; él mismo se distinguió por ser un pastor dinámico en La Verapaz y en el Quiché; participó en la IIIª Conferencia General del Episcopado Latinoamericano realizada en Puebla de los Angeles, México, del 28 de enero al 13 de febrero de 1979²³; allí, junto con otros Obispos y delegados de la Iglesia guatemalteca, renovó su compromiso con la opción preferencial por los pobres, a la que permaneció fiel toda su vida, no por ideología, sino por convicción evangélica. Superados los años dolorosos de su estancia como Obispo en El Quiché y el exilio, decidió ponerse al servicio de la Iglesia guatemalteca, esta vez acompañando al recién elegido Arzobispo de Guatemala: Monseñor Próspero Penados²⁴.

32 Oficina de Derechos Humanos. Una vez nombrado Obispo Auxiliar de la Arquidiócesis de Guatemala, se comprometió de diversas maneras en la animación pastoral de la misma; participó en el Sínodo Arquidiocesano, pero sobre todo llevó

23 Por parte de la Iglesia de Guatemala, participaron los Obispos Angélico Melotto (presidente de la CEG), Rodolfo Quezada (de Zacapa), Juan Gerardi (Quiché), Gerardo Flores (La Verapaz), y Luis Manresa, que al momento era vicepresidente del CELAM; en aquel momento participó como sacerdote Monseñor Julio Cabrera.

24 Para algunos aspectos de la relación de Mons. Próspero Penados con Mons. Gerardi, ver: Arzobispado de Guatemala, EL SEÑOR ES MI LUZ. MONSEÑOR PRÓSPERO PENADOS DEL BARRIO. ARZOBISPO DE GUATEMALA. UN HOMBRE DE FE Y AMOR A GUATEMALA. Guatemala, agosto 2000. Está en proceso publicar la segunda edición con los documentos de su ministerio pastoral.

adelante la creación y coordinación de la Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado (1989), que durante varios años ha venido trabajando en beneficio de las víctimas de la violencia en Guatemala, y en la promoción y defensa de los Derechos Humanos. Como integrante de esta Oficina viajó durante varios años consecutivos a Ginebra, Suiza, con el fin de denunciar internacionalmente las violaciones a los Derechos Humanos en Guatemala, en las Asambleas anuales de la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas. Esta actitud siempre le acarrea críticas de algunos sectores guatemaltecos un tanto reacios. Sabemos que su preocupación fundamental era la protección del derecho a la vida, como supremo don de Dios, y junto a él todos los derechos sociales, económicos y culturales, que hacen del ser humano un sujeto libre por naturaleza allí donde Dios lo plantó.

Igualmente, algunos personajes y sectores sociales, a través de los medios de comunicación social, emprendían de vez en cuando, una crítica solapada contra la Iglesia, por momentos burda y agresiva, las más de las veces carente de sentido y razón; orientaban sus invectivas contra la figura de algunos Obispos de la CEG en particular, por no enfrentarse a la entera institución eclesial, contra la persona de Monseñor Juan Gerardi. ya sea por desacuerdos sobre el tema de derechos humanos, la pena de muerte o en relación a ciertas cuestiones sociales, como la postura de la Iglesia ante el neoliberalismo, a raíz de una pequeña publicación que al Arzobispado de Guatemala patrocinó sobre dicho tema. En muchas de estas circunstancias, Monseñor Gerardi dio la cara en razón de la verdadera postura y doctrina de la Iglesia en esos temas, de manera firme y ecuánime. Y cuando le preguntaban al respecto, -“Monseñor, ¿ve lo que dicen de Usted, del tema tal...?” Respondía muy sencillamente: “¡Déjelos que digan...!”, sin hacer mayores comentarios.

33 Negociaciones de paz. Participó igualmente en algunos momentos del proceso de paz que se inició a raíz de la firma de los Acuerdos de Esquipulas II (agosto 1987) y la conformación de la Comisión Nacional de Reconciliación, presidida por Monseñor Rodolfo Quezada, a quien acompañaba Monseñor Juan Gerardi²⁵. Fue gestor activo de muchos de los documentos más significativos de la CEG, a favor de la justicia, los derechos humanos, y la construcción de la paz en Guatemala²⁶. Aquellos que siempre se opusieron a la presencia de la Iglesia en el campo social, acusaban a Monseñor Gerardi de eclesiástico político, o cosas parecidas. En más de una ocasión, aparecieron “pintadas” en las paredes de algunas de las calles del centro de la ciudad, contra Monseñor Gerardi. Este gran Obispo defensor de los Derechos Humanos, nunca se prestó a las ambigüedades de la política, ni transigía con la corrupción de poderes partidarios. Hombre de iglesia, en nombre de Dios, —sin decirlo ciertamente—

25 En los diálogos previos a las negociaciones de paz, viajó a la reunión de El Escorial, como miembro de la CNR, entre los representantes de la instancia de partidos políticos y la URNG, fines de mayo de 1990.

26 Sobre todo la Carta Pastoral UNIDOS EN LA ESPERANZA (julio 1976), que publicó el Episcopado después del terremoto, cuando Monseñor Gerardi era Presidente de la CEG.

reclamaba para los débiles, para las víctimas de la violencia, para los necesitados, los derechos que les eran propios.

34 Pastor bueno y fiel. Obispo como era, y que lo reconocían como “pastor bueno y fiel”, asumió en su vida la causa de Jesús y como Iglesia, trabajó siempre para superar divisiones y enfrentamientos; quería para Guatemala una gran comunidad de pueblos reconciliados. Tuvo razones para ser, sin embargo, pesimista, y no lo era. Su amor a Guatemala fue más grande que la intransigencia de sus depredadores; en esto, era tajante y cercano a la tradición indoblegable de Monseñor Rossell Arellano.

Sabía escuchar. Ciertamente, nos ha enseñado a vivir desde nuestras raíces; escuchaba, en situaciones en las que pocos parecen querer ya aprender lecciones, sino más bien darlas. No se clasificaba entre los hombres intelectuales, dedicados pacientemente a la investigación; no producía mucho, escribía más bien poco; pero sí era perspicaz, intuitivo, práctico, atento, con capacidad de escucha para saber discernir y decidir acertadamente. Son características las imágenes suyas en el gesto del hombre que ESCUCHA, que acepta al otro, que entra dentro de su pensamiento. Por eso era tan valorada su palabra en el seno de la CEG y de la Iglesia entera guatemalteca.

Buen lector. Siempre fue un gran lector, su buena biblioteca contaba con libros sobre temas actuales y bien fundamentados; le gustaba leer de todo: Teología, filosofía, doctrina social de la Iglesia, historia... Cuando las ideas le llamaban la atención, las subrayaba de forma muy intensas; ciertas expresiones las recogía con un círculo con bolígrafo... o anotaba alguna reacción al margen, como solía hacer con las hojas de ponencias en las que participaba. De entrada no parecía dar lo mejor de sí mismo a quienes lo conocían por primera vez; su corazón tardaba en manifestarse; sí podemos decir que amó a la Iglesia... tal vez con una pasión desmedida pero contenida, digna del hombre sabio, fiel y prudente. Cuando hablaba parecía dialogar con la persona con la que se encontraba, se mostraba cercano, y al mismo tiempo insistente en lo que decía; y siempre pedía el asentimiento del otro: “¿No es verdad...?”

35 Hombre de gran calidad interior. No fue fácil su ministerio; el transcurrir de los años le permitió un doloroso aprendizaje, que si bien sembró en su corazón convicciones y amarguras, forjó también al hombre de fe y de una gran riqueza interior, forjado así, a golpes de realidades duras y complejas, hasta de incomprendimientos cercanos, dentro y fuera de la Iglesia. Hablaba con unos y con otros; no era sectario ni hacía acepción de personas; su riqueza se encerraba más en el corazón que en la facilidad de palabra; tal vez le gustaba más pensar que gobernar; al no escribir mucho, “guardaba tanto en su corazón”, como María la Madre del Señor. Nunca vivió de prisas o intransigencias.

36 Hombre sereno. En su corazón se encerraban el ideal y la duda; la convicción y la sospecha; el amor y la compasión. A pesar de ser un hombre de su tiempo, que fue evolucionando con los años en su modo de ver la realidad, no vivió sumergido

en las nostalgias del pasado, ni en la desesperación del porvenir. La serenidad llenaba de objetividad sus afirmaciones, por lo general breves; tanto que algunos se le impacientaban, y lo acusaban de pasivo.

Tal vez, como se ha dicho de un gran Papa como lo fue Pablo VI, que lo nombró Obispo de La Verapaz, se cumple en él que la obsesión era “no herir”, resultando él siempre tan vulnerable. Por eso se atrevían a criticarlo públicamente; fue el rostro claro que contuvo cuantas piedras de resentimiento fueron lanzadas impunemente contra la Iglesia; las soportaba, porque le dolían más las que golpeaban a los pobres. La imagen de un Gerardi de pie, pero con lágrimas en los ojos, era la imagen de una fidelidad definida a sus propias convicciones (que no eran otras que las del Evangelio), a la Iglesia y a su pueblo. ¡Tal vez como San Pablo, se alegraba de sus debilidades!

37 50 años de sacerdocio. El año 1997, celebró sus 50 años de vida sacerdotal al servicio del Pueblo de Dios; a parte de las diversas celebraciones que se le brindaron en la Arquidiócesis, la Diócesis del Quiché lo invitó a participar en la Misa Crismal. No había regresado al Quiché desde 1980. Lo hacía diecisiete años después. Humildemente había querido mantener la discreción en todo. No tenía pretensiones, y reconocía que la Diócesis iba bien; solía decir: “Yo no pude hacer mucho, a Julito (por Monseñor Julio Cabrera) le ha tocado organizar y levantar la Diócesis, en definitiva, crear la Diócesis...” Habló brevemente a la Asamblea Diocesana reunida, laicos, sacerdotes, religiosas y religiosos, y se sentía feliz de ver la Diócesis por la que él tanto sufrió, reconstruida y muy animada. Cuando en momentos de alegría, donde no faltaba cierta nostalgia de un pasado difícil de olvidar, Monseñor Gerardi repetía lo que reiteradamente recordaba al actual Obispo del Quiché, que le sucedió: “Ya le he dicho a Julito que no cometa el error de construir sobre el pasado; que haga una Iglesia nueva”; Monseñor Gerardi era profundo en la vivencia de fe, y ciertamente, dejaba entrever que eso nuevo era leer la realidad desde la resurrección de Jesús, donde se recupera la más auténtica tradición de los mártires de ayer y de hoy, convencido de que una Iglesia con miedos que sólo mira al pasado, caerá en errores y miedos que le impiden la capacidad de abrirse a los tiempos nuevos, nuevos, sí, aún en medio de la adversidad.

Signo de contradicción. A principios de 1997, Monseñor Gerardi clamaba por la vida del pueblo guatemalteco, y algunos empezaron a criticarlo frontalmente, poniendo en tela de juicio la calidad de la Iglesia para intervenir en materia socioeconómica. Con ocasión de la presentación del informe “La paz se construye día a día y comporta una justicia más perfecta”, de la Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado, en el que enumera las dificultades más sangrantes por las que está pasando el pueblo de Guatemala, en algo que le era a él connatural, como el hablar de la realidad, decía: “Una sensación de angustia, miedo y penurias, se han acentuado entre grandes conglomerados del pueblo, y ...prácticamente no existe un lugar en el que alguien se sienta seguro y a salvo de los robos, secuestros, amenazas y agresividad”. Denunciaba, además, la portación de armas, lícita o no, por parte de la sociedad civil; para terminar

diciendo que nos adentrábamos en un tiempo de “peligroso clima de ingobernabilidad social”, recomendando al Gobierno un examen autocrítico para corregir las políticas de la privatización, y la falta de inversión de fondos sociales, al menos los que estaban destinados a reforzar los Acuerdos de Paz. Sobre el tema de los linchamientos, fue explícitamente duro, al preguntarse consternado, “¿hacia qué estado de barbarie estamos caminando?” Esta era una denuncia muy dura, tanto más cuando la paz firmada, apenas tenía poco más de un año.

Pero la figura de Monseñor Gerardi era ya signo de contradicción, y parecía el flanco más débil para atacar a la Iglesia; entre algunos sectores Monseñor Gerardi era poco popular; la polémica se cierra contra el Obispo a raíz de la publicación de un folleto de la ODHAG que llevaba por título “Los cristianos frente al neoliberalismo”. Un año antes exactamente de la muerte de Monseñor Gerardi, un titular de cierto periodista poco bien intencionado y nada sincero, escribía: “Jesús amonesta a los Obispos”, que ciertamente no tenía otro objeto que alimentar la polémica contra Monseñor Gerardi²⁷. Con este, se animaron otros recriminando al Arzobispado que se permita la publicación del libro de Fernando Bermúdez, autor de dicho libro. Inmediatamente se acusa a la Iglesia de alentar la invasión de tierras, y Monseñor Gerardi sale en defensa, para decir que la Iglesia no alienta invasiones, y que “lo conveniente es que los miembros de la Cámara del Agro lean la Carta Pastoral EL CLAMOR POR LA TIERRA y la comparen con el Acuerdo Socioeconómico Agrario, firmado entre el Gobierno y la URNG, para que luego saquen sus conclusiones²⁸.”

Tiempo después, y con gran dosis de desconocimiento y de los lineamientos de la Conferencia Episcopal de Guatemala, de su trayectoria histórica y del magisterio tan digno de tener en cuenta, un columnista se dio a la tarea escribirle al señor Nuncio públicamente, con estos conceptos entre otras cosas: “¿Sabía usted, monseñor, que la Conferencia Episcopal Guatemalteca todavía considera a esta Teología de la Liberación como una opción cristiana? [en referencia al teólogo peruano Gustavo Gutiérrez]. Aun cuando otro de los falsos profetas, el brasileño Leonardo Boff, ya abandonó el sacerdocio, algunos de los obispos en Guatemala, especialmente los obispos Flores, Ramazzini y Gerardi, pareciera que continúan caminando el falso sendero de la Teología de la Liberación. ¿Sabía usted, monseñor, que la ODHAG con el aval de monseñor Juan Gerardi ha realizado publicaciones que son una apología al socialismo y a la lucha de clases? ¿Será ético citar fuera de contexto a las autoridades eclesiásticas y poner en boca de otras autoridades una serie de falsedades? ...¿Sería usted, monseñor, tan amable de darnos la definición oficial de *Justicia social*? ”²⁹. De estos que así se expresan, se puede decir lo del Evangelio en el caso del rico Epulón, aunque baje un ángel del cielo, no creerán en tal definición de justicia social.

27 Siglo XXI, 26 de abril de 1997.

28 Siglo XXI, 3 de mayo de 1997.

29 Federico Bauer Rodríguez, Carta abierta al Nuncio Apostólico. Siglo XXI, 24 de octubre de 1997.

Sencillo como era, Monseñor Gerardi, mantiene la serenidad y no se precipita, sabe que la verdad se defiende por sí sola, sin la insistencia intransigente de algunos privilegiados de los medios públicos, que piensan que a base de acumular sinrazones logran cambiar la verdad, pero cuando se les acaban los argumentos caen en el insulto³⁰ o en la arrogancia más ignorante³¹.

Desde la Iglesia también se agradece con admiración a Monseñor Gerardi:

Querido Monseñor:

Ante los ataques que está recibiendo su persona por haber publicado la ODHAG el librito *Los cristianos frente al neoliberalismo*, nos es muy grato manifestar a Ud. que los cristianos de la parroquia de Peronia nos sentimos muy satisfechos de formar parte de una Iglesia que tiene obispos e instituciones que por estar del lado de los pobres son criticados. Nos proponemos hacer de dicho folleto objeto de nuestros grupos de reflexión. Con esta ocasión me es muy grato manifestar a Ud. el testimonio de mi estima y comunión fraterna.
Elías Ruiz, párroco de Peronia.

Más aún, otra lectora responde:

“He seguido con interés la disputa que estas últimas semanas se generó en torno a un folleto titulado: *Los cristianos frente al neoliberalismo*. Me despertó interés y lo compré. Lo leí detenidamente y ¡púchica!, me dije, ¡esto sí que nos ayuda a quitarnos la venda de los ojos para entender lo que estamos viviendo en Guatemala! Ahora comprendo por qué los ricos —los que siempre han detentado el poder en nuestro país marginando a las mayorías—, lo atan con tanta furia. Un grupo de maestros y maestras lo hemos propuesto como libro de texto para nuestros alumnos de básico. Gracias a aquellos que, queriendo descalificar este pasquín, como le llaman, lo hemos llegado a conocer. Gracias, de verdad”.

Graciela Maldonado de Alarcón³².

Luego otros más se añadieron a razonar los argumentos a favor de la publicación de la Oficina de Derechos humanos³³. En todo caso, cuantos tuvimos la suerte de conocer a Monseñor Gerardi, qué lejos están de la verdad quienes lo acusaron y combatieron, o

30 Como hace el Manuel F. Ayau Córdón, en *Prensa Libre*, 3 agosto de 1997, p. 11.

31 Como la autora que se dio a escribir sobre teología, con títulos como “Los hombres del Papa: bienaventurados sean los violentos”, que varios autores razonablemente contestaron: “*Perjudiciales afirmaciones*”, Siglo XXI, 21 agosto 1997. “*A una columnista atrevida*”, del P. R. Bendaña, en Siglo XXI, 1 septiembre 1997.

32 A- 1 18,553. En Siglo XXI, 20 junio 1997, p. 16.

33 Julio Fausto Aguilera, “*La Iglesia no chilló; la Iglesia clama justicia*”, LA HORA, 7 y 8 julio, 1997. También, Raúl Hernández Chacón, “*Los cristianos frente al neoliberalismo*”, EL GRÁFICO, 13 julio 1997.

le hicieron decir lo que nunca dijo. Hay que consultar y releer todo lo que él escribió, y que se encuentra en buena parte en el libro: **MONSEÑOR JUAN GERARDI TESTIGO FIEL DE DIOS**, de la Conferencia Episcopal, publicado en homenaje al Primer Aniversario (1999).

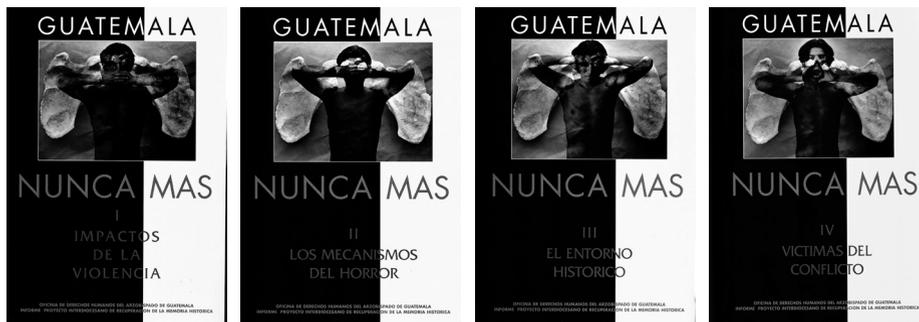
38 El proyecto REMHI ha sido uno de los grandes proyectos en los que se había comprometido casi a tiempo completo Monseñor Juan Gerardi Conedera; en él había puesto toda su esperanza, como un signo para reconocer el testimonio de las víctimas de los años de violencia en Guatemala, y así contribuir al conocimiento de la verdad que nos llevara a trabajar para que el pasado no se repitiera nunca más, de tal modo que en Guatemala se pudieran dedicar mejores y mayores esfuerzos en favor de la paz y la reconciliación de los guatemaltecos. Si bien constituyó un esfuerzo interdiocesano, no fue acogido con el mismo entusiasmo por todos los sectores eclesiales. De hecho, en la capital, pocas parroquias fueron las que participaron.

39 El Informe de la verdad. Hacía tres años que se había iniciado este trabajo, y el día 24 de abril de 1998, al terminar la celebración del mismo, y luego de un discurso ampliamente aplaudido, a Monseñor Juan Gerardi se le veía rebosante, al menos realizado, ya que uno de sus sueños, concluía satisfactoriamente. Era un logro para la sociedad guatemalteca. Se sentía alegre de servir así al pueblo y a la Iglesia de Guatemala. Ciertamente, se señalaban a muchos “Pilatos”, que como aquel que se lavó las manos y mandó a la cruz a Jesús, aquí en Guatemala cometieron horrores sin cuento. Monseñor Gerardi, y todo su extraordinario equipo de laicos coordinados eficientemente por Edgar Gutiérrez, que llevaron adelante la dirección y la parte técnica del proyecto, colocaron el dedo en la llaga, para señalar y denunciar una vez más, la raíz de los problemas en una tierra que ha sufrido tanto por la prepotencia política, económica y militar de unos cuantos, con el objetivo de sanar, curar y, reconociendo la verdad, fundar adecuadamente la paz firme y duradera.

IV. ¿CUÁL ERA LA DENUNCIA DE MONSEÑOR GERARDI?

El Informe elaborado por el proyecto de Recuperación de la Memoria Histórica (REMHI) con los datos obtenidos de la investigación de campo, conducida por más de 500 animadores de la reconciliación, está consignado en cuatro volúmenes, que llevan por título: **GUATEMALA NUNCA MÁS:**

- I. Impacto de la violencia, de 310 páginas.
- II. Los mecanismos del horror, con 233 páginas.
- III. El entorno histórico, con 373 páginas.
- IV. Víctimas del conflicto, con 544 páginas.



Cuatro tomos del Informe del proyecto Recuperación de la Memoria Histórica (REMHI), Guatemala Nunca Más.

Con este trabajo se pudieron recolectar unos 6,500 testimonios a lo largo y ancho de toda la geografía guatemalteca, que hablan de más de 55,000 víctimas. De ese total, el 75% son adultos, y un 75% también lo constituyen víctimas pertenecientes a los pueblos mayas de Guatemala. REMHI documentó que unos 86,318 niños cuyos padres sufrieron alguna violación, la mitad de ellos quedaron huérfanos de padre y/o madre. Al menos tres de cada diez víctimas pertenecían a algún grupo organizado. Una de cada cinco víctimas trabajaba en grupos de carácter social o comunitario. Más del 90% eran líderes civiles, sólo una de cada diez víctimas pertenecía a algún grupo de carácter militar.

Sigue diciendo el Informe: En un periodo de unos tres años, entre 1980 y 1983, hubo en Guatemala casi 44,000 víctimas. Esto equivale al 80% del total de víctimas que REMHI documentó. Y entre 1981 y 1982 ocurrieron casi 300 de las 422 masacres que se pudieron documentar. De dichas masacres, 116 tuvieron más de 21 víctimas, y de otras 40 masacres más se tiene informe de más de 100 víctimas cada una.

Según la contabilidad que pudo establecer REMHI y los resultados del Informe, que no incluyen la totalidad de los casos reales, el ejército de Guatemala, es responsable de unas 33,000 víctimas; los grupos paramilitares (casi siempre ligados al ejército por diversos caminos y métodos) son responsables de 3,424 víctimas; el ejército en combinación con grupos paramilitares como las PAC y comisionados, son responsables de unas 20,600 víctimas; por otro lado, la guerrilla en sus distintas modalidades, son responsables de unas 5,117 víctimas, y hay unas 2,800 víctimas de las que no se pudo establecer con certeza quiénes fueron los autores.

El departamento del Quiché fue donde se vivió con mayor intensidad el impacto de la violencia; el 57% de las víctimas cuyos informes son recogidos por el Informe REMHI, se refieren al Quiché, y un 23% a Las Verapaces. En el Quiché se perpetraron más de 31,400 víctimas. Para toda Guatemala, el Informe REMHI contabilizó 524 masacres,

pudo documentar 422, y de ellas, 263 se cometieron contra los pueblos del Quiché, sólo en el año 1982, se perpetraron 120. De esas 263, el ejército es responsable de 144; el ejército en colaboración con grupos paramilitares, son responsables de 90 más. Los paramilitares por su cuenta, perpetraron 12; y la guerrilla es responsable de 14 de dichas masacres. Sabemos que estos datos no informan todavía de todas las violencias cometidas de este estilo.

Esta tragedia tuvo escenarios muy variados, pero sobre todo afectó a los pueblos mayas; la Comisión para el Esclarecimiento Histórico, que presentó su informe GUATEMALA MEMORIA DEL SILENCIO, el 25 de febrero de 1999, calificó tales hechos contra la población civil en esos años de violencia, como “genocidio”. Dicho Informe se presentó en el Teatro nacional “Miguel Angel Asturias” de Guatemala; los tres comisionados para presentar el Informe nombraron a Monseñor Juan Gerardi; luego que lo hizo el primero, el Sr. Balsells Conde, un aplauso espontáneo de casi la absoluta mayoría de los concurrentes, puestos en pie, se prolongó por más de un minuto.

Era un signo claro, de la importancia que la palabra de Monseñor Gerardi había tenido para esta Comisión.

Asesinado por decir la verdad. Todo este camino de vida, trabajo y compromiso social, Monseñor Gerardi lo selló con su muerte, el día 26 de abril de 1998, domingo, aproximadamente entre las 09:45 y las 10:30 de la noche, cuando estaba llegando a su casa de habitación en la Parroquia de San Sebastián. Su compromiso y el testimonio de su sangre derramada, dan un horizonte mayor a nuestra esperanza. En él la llegada del reino de Dios, sí encontró un corazón dispuesto que “sí responde”. En su rostro desfigurado podemos todavía contemplar la pasión del hombre y la mujer de hoy. Como Jesús, y después de ser tan ecuánime y prudente en todo, murió sólo frente al mal... Con aquella soledad que purifica en el crisol a los auténticos hijos de Dios. Como a Jesús, el Padre no le ahorró, aún después de tanta persecución, el paso final por la cruz. Como al profeta antiguo se le desfiguró el rostro, tanto que no parecía hombre.

40 Quiso que las víctimas tuvieran voz. Su vida no deja de recordarnos una vez más el sacrificio del mismo Jesús en la cruz. Así como provoca en nosotros la pena por su desaparición, afianza también la esperanza en la búsqueda de la verdad y la justicia, y fortalece el compromiso en la construcción de la paz y la reconciliación que tanto merece y ansía el pueblo de Guatemala. Su muerte confirma que el camino por él emprendido, si no era humanamente el más prudente y aconsejable, era el correcto; y que la actitud de REMHI estaba contribuyendo a desvelar las causas de muchos de los males que nos afligen. Su sacrificio nos recuerda también el de los veinte sacerdotes y religiosos que dieron su vida en Guatemala por la misma causa; el sacrificio de un contingente innumerable de catequistas y directivos laicos de comunidades, que ofrendaron su vida por la construcción de una tierra nueva donde habite la justicia.

Su Diócesis fue reconocida como la más mártir de todas en América Latina, en pleno siglo XX.

“Queremos contribuir —decía— a la construcción de un país distinto. Por eso recuperamos la memoria del pueblo. Este camino estuvo y sigue estando lleno de riesgos, pero la construcción del Reino de Dios tiene riesgos y sólo son sus constructores aquellos que tienen fuerza para enfrentarlos”.

Aquí está el corazón impaciente; era hacer posible un largo sueño de los guatemaltecos, sobre todo de las víctimas de la violencia: el poder al fin pasar del silencio a la palabra. Del silencio que atenaza, viola, inhibe, enferma y reprime, a la palabra que libera. Juan Gerardi, Obispo, reservado como era, siempre fue partidario de la palabra que libera. Un hombre siempre abierto a las inquietudes de quienes buscan la verdad. No perteneció al mundo de la “política” barata; tal vez por eso lo mataron.

*Entre tus manos está mi vida, Señor,
Entre tus manos pongo mi existir.
Hay que morir, para vivir
Entre tus manos pongo yo mi ser.*

*Si el grano de trigo no muere
Si no muere sólo quedará,
Pero si muere, en abundancia dará
Un fruto eterno que no morirá.*

(Cantemos al Dios de la vida y la paz, n. 147).

41 Hombre libre, para decir la verdad. Conocía bien aquel pasaje del Evangelio de San Juan, 8, 32, que nos recuerda que *“la verdad nos hará libres”*, y por eso, para ser libres, buscó siempre la verdad. Pero sabía también que hay que ser libres, para poder decir y proclamar la verdad; y aquí encontró muchas resistencias. Tan combatido en vida, ganó la batalla final de la verdad. Ciertamente, el dolor que nos produce su muerte hasta en lo más profundo de nuestros corazones, ha de ser la raíz de la fuerza de una ESPERANZA renovada que venza al miedo con la construcción de aquella utopía, llena de Reino de Dios, que Monseñor Gerardi soñó para Guatemala. Su muerte, este execrable crimen, que indigna y entristece profundamente a todo el pueblo guatemalteco, no nos debe confundir ni desorientar: no es el fantasma del pasado que regresa; es el signo de que algo nuevo está naciendo, de que algo nuevo se va abriendo camino, con los dolores de parto de una doncella que da a luz, y las fuerzas de las tinieblas resisten su presencia por todos los medios: *“Y el dragón se puso al acecho delante de la mujer que iba a dar a luz, con ánimo de devorar al hijo en cuanto naciera”* (Ap 12, 4). Al final, se harán realidad también las palabras del mismo Monseñor Gerardi: *“Años de terror y muerte han desplazado y reducido al miedo y al*

silencio a la mayoría de guatemaltecos. La verdad es la palabra primera, la acción seria y madura que nos posibilita romper ese ciclo de violencia y muerte, y abrirnos a un futuro de esperanza y luz para todos” (Monseñor Gerardi, 24 de abril de 1998).

42 Memoria de Monseñor Gerardi. Al participar en la celebración del entierro (su primer entierro) de Monseñor Juan Gerardi en la mañana del 29 de abril, y al contemplar los miles y miles de personas que pasaron durante tres días con sus noches delante del féretro que contenían sus restos mortales, no podemos menos de interpretar este signo tan elocuente, y entender que lo que el pueblo ha realizado ante el féretro de este gran Obispo, no es un gesto de despedida, sino el signo de reafirmar su fe y esperanza, en circunstancias ciertamente límites, pero que el pueblo no quiere perder, y con su sentido sencillo de humanidad y de fe, está presente. Es reafirmar la memoria y el deseo de vivir. Su presencia es gratitud, dolor contenido y esperanza.

Como lo manifestara Monseñor Gerardo Flores en la homilía del sepelio, *“¿quién puede permanecer indiferente?”* ¡Cómo nos golpeó aquella homilía de un buen hermano de Gerardi en el episcopado, y cómo nos fortaleció! Hasta entonces, casi parecíamos los discípulos de Emaús, que con dolor nos batíamos en retirada, sin asumir evangélicamente el dolor de algo inexplicable.

43 Gerardi, defensor de los pueblos mayas. Monseñor Gerardi pertenece a aquella generación histórica de defensores de los indígenas, como el Obispo Marroquín, el Obispo Fr. Bartolomé de las Casas, el Obispo Juan Ramírez y otros más... y sobre todo el Obispo mártir Antonio de Valdivieso (s. XVI). Su muerte le permite compartir también el mismo testimonio hasta derramar su sangre como Monseñor Oscar Arnulfo Romero, Arzobispo de San Salvador (1980), o Monseñor Enrique Angelelli, Obispo de la Rioja en Argentina (1976), y de tantos cristianos, hombres y mujeres de buena voluntad que supieron, aún a riesgo de la propia vida, anteponer la búsqueda de la justicia a los propios intereses de grupo o de clase.

Pocos días después de su muerte, un columnista no adepto al testimonio de Monseñor Gerardi, reclamaba ante las manifestaciones populares: “¡cuánta prisa en hacer mártires!” Como diciendo, esperen, no se apresuren, que van a ver cuánto hay detrás de todo esto... Y claro está, nosotros nos preguntamos, ¿quiénes han sido los primeros en hacer mártires? Ciertamente, no nosotros. La Iglesia recoge el testimonio de aquellos que fieles a Dios, han merecido la gracia y el don de confesar su fe y su caridad con un testimonio sublime, como es el martirio. Para la Iglesia, el martirio siempre es un don de Dios. Los mártires los hacen otros... los que se resisten a la verdad. A nosotros sólo nos queda reconocerlos y mantener esa herencia viva, que unida a la de Jesús, el testigo fiel, es causa de salvación. Para la Iglesia y el pueblo sencillo que honra su memoria, Monseñor Gerardi siempre será un testigo fiel de Dios, mártir de los derechos humanos, mártir de la verdad y de la paz.

44. Memoria de los mártires. “Hay tantas realidades de la vida y de la historia que si no fuera por la referencia a Jesús, difícilmente podrían ser explicables humanamente hablando. A Jesús le desfiguraron el rostro, como lo hicieron con Monseñor Gerardi; a este pueblo y a las personas les desfiguraron también el rostro. Porque esos rostros denunciaban, confrontaban las injusticias de su tiempo con la verdad; el rostro de Monseñor Gerardi nos confronta con la verdad de hoy, una verdad que se quiere seguir ocultando, utilizando aún después de la firma de los Acuerdos de Paz, mecanismos de terror. Colocarse del lado de la verdad tiene un precio” (Monseñor Julio Cabrera, Obispo del Quiché, Presentación del Informe REMHI en Santa Cruz del Quiché, 4 septiembre de 1998).

Es por eso que leyendo la pasión de Jesús escuchamos tantas resonancias en la pasión del pueblo guatemalteco. Pero el pueblo de Guatemala vive la utopía de la paz verdadera, con justicia social, con libertad, con respeto a la vida de todos, con derechos humanos, con amor a los niños que todavía tienen una mirada triste... Nos corresponde dar el paso de la Guatemala del dolor, a la Guatemala de la esperanza. Este es el camino de dignificación de las víctimas, que era el proyecto de sanación de los corazones que quería Monseñor Juan Gerardi.

*“...Espero vivamente que este execrable crimen, que ha costado la vida de un **verdadero servidor de la paz e incansable trabajador por la armonía entre todos los sectores de la población**, muestre claramente la inutilidad de la violencia e impulse a todos a comprometerse en la búsqueda del entendimiento y el diálogo, único camino que asegura el triunfo de la paz y la justicia sobre cualquier obstáculo y provocación, y que no perturbe mínimamente la aplicación de los Acuerdos de Paz”*
(Juan Pablo II, Vaticano, 27 de abril de 1998).

Guatemala, 26 de abril del 2002

H. Santiago Otero

V. DISCURSO DE MONSEÑOR JUAN GERARDI CON OCASIÓN DE LA PRESENTACIÓN DEL INFORME REMHI GUATEMALA NUNCA MÁS

Catedral Metropolitana, 24 Abril 1998



**Presentación del Informe REMHI
Guatemala Nunca Más
(Fotografía: colección privada)**

El Proyecto REMHI ha sido un esfuerzo que se sitúa dentro de la Pastoral de los Derechos Humanos, que a su vez es parte de la Pastoral Social de la Iglesia: es una misión de servicio al hombre y a la sociedad.

Ante los temas económicos y políticos, mucha gente reacciona diciendo: “para qué se mete en esto la Iglesia”. Quisieran que nos dedicáramos únicamente a los ministerios. Pero la Iglesia tiene una misión que cumplir en el ordenamiento de la sociedad, que incluye los valores éticos, morales y evangélicos. ¿Qué nos dicen los mandamientos? “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”. Y precisamente hacia ese prójimo tiene que dirigir su misión la Iglesia.

El Papa Juan Pablo II nos dice, hablando a los laicos: “Redescubrir la dignidad de la persona humana constituye una tarea esencial de la Iglesia”. Esta también fue la labor evangelizadora de Jesús. El Señor puso la dignidad de las personas como centro del Evangelio.

El Proyecto REMHI en el confluir del trabajo pastoral de la Iglesia es una denuncia, legítima, dolorosa que debemos de escuchar con profundo respeto y espíritu solidario. Pero también es un anuncio, una alternativa para encontrar nuevos caminos de convivencia humana. Cuando emprendimos esta tarea nos interesaba conocer, para compartir, la verdad, reconstruir la historia de dolor y muerte, ver los móviles, entender el por qué y el cómo. Mostrar el drama humano, compartir la pena, la angustia de los miles de muertos, desaparecidos y torturados; ver la raíz de la injusticia y la ausencia de valores.

Este es un modo pastoral de hacer las cosas. Es trabajar a la luz de la fe, encontrar el rostro de Dios, la presencia del Señor. En todos estos acontecimientos, es Dios

quien nos está hablando. Estamos llamados a reconciliar. La misión de Jesús es reconciliadora. Su presencia nos llama a ser reconciliadores en esta sociedad quebrada, tratando de ubicar víctimas y victimarios dentro de la justicia. Hay gente que murió por un ideal. Y los verdugos fueron muchas veces instrumentos. La conversión es necesaria, y nos toca abrir los espacios para estimularla. No se trata de aceptar los hechos simplemente. Es menester reflexionar y recuperar los valores.

Queremos contribuir a la construcción de un país distinto. Por eso recuperamos la memoria del pueblo. Este camino estuvo y sigue estando lleno de riesgos, pero la construcción del Reino de Dios tiene riesgos y sólo son sus constructores aquellos que tienen fuerza para enfrentarlos.

El 23 de junio de 1994, las partes que negociaron los acuerdos de paz manifestaron su convicción del “derecho que asiste a todo el pueblo de Guatemala de conocer plenamente la verdad” sobre los acontecimientos ocurridos durante el conflicto armado, “cuyo esclarecimiento contribuirá a que no se repitan las páginas tristes y dolorosas y que se fortalezca el proceso de democratización en el país”, y subrayaron que esta es una condición indispensable para lograr la paz. Este es parte del preámbulo del Acuerdo que creó la Comisión del Esclarecimiento Histórico, que ahora también está concluyendo su importante labor.

La Iglesia se hizo eco de este anhelo y se comprometió a la búsqueda de “conocer la verdad”, convencida de que, como dijo el Papa Juan Pablo II, la “Verdad es la fuerza de la paz” (Jornada Mundial por la Paz, 1980). Como parte de nuestra Iglesia, asumimos responsablemente y en conjunto esta tarea de romper el silencio que durante años han mantenido miles de víctimas de la guerra y abrió la posibilidad de que hablaran y dijieran su palabra, contaran su historia de dolor y sufrimiento a fin de sentirse liberadas del peso que durante años las ha abrumado.

Este ha sido esencialmente el propósito que ha animado el trabajo que durante estos tres años ha realizado el Proyecto REMHI: conocer la verdad que a todos nos hará libres (Juan, 8, 32).

Nosotros, como personas de fe, descubrimos en el acuerdo del esclarecimiento histórico un llamado de Dios a nuestra misión como Iglesia: la verdad como vocación de toda la humanidad. Desde la Palabra de Dios no podemos ocultar o encubrir la realidad, no podemos tergiversar la historia ni debemos silenciar la verdad.

San Pablo, hace veinte siglos, hacía una afirmación que nuestra historia reciente la ha confirmado fehacientemente: “Se está revelando desde el cielo la reprobación de Dios contra toda impiedad e injusticia humana, la de aquellos que reprimen con injusticias la verdad” (Rom, 1,18). La verdad en nuestro país ha sido torcida y acallada.

Dios se opone inflexiblemente al mal en cualquier forma que se presente. La raíz de la ruina, de las desgracias de la humanidad, nace de una oposición deliberada a la verdad, que es la realidad radical de Dios y del hombre. Y esta realidad es la que ha sido intencionalmente deformada en nuestro país a lo largo de 36 años de guerra contra la gente.

De ahí que el “esclarecimiento histórico, decíamos los Obispos en la carta pastoral ¡Urge la Verdadera Paz!, “no sólo es necesario, sino indispensable para que el pasado no se repita con sus graves consecuencias. Mientras no se sepa la verdad, las heridas del pasado seguirán abiertas y sin cicatrizar”.

No tenemos la menor duda, como Iglesia, que el trabajo que hemos realizado en estos años ha sido una historia de gracia y de salvación, un verdadero paso hacia la paz como fruto de la justicia, que ha ido suavemente regando semillas de vida y dignidad por todo el país, siendo gestor y partícipe el mismo pueblo sufrido. Ha sido un bello servicio de veneración a los mártires y de dignificación de las víctimas que fueron blanco de los planes de destrucción y muerte.

Abrirnos a la verdad, encarar nuestra realidad personal y colectiva no es una opción que se puede aceptar o dejar, es una exigencia inapelable para todo ser humano, para toda sociedad que pretenda humanizarse y ser libre. Nos sitúa ante nuestra condición más radical como personas: somos hijos e hijas de Dios, llamados a participar de la libertad del Padre.

Años de terror y muerte han desplazado y reducido al miedo y al silencio a la mayoría de guatemaltecos. La verdad es la palabra primera, la acción seria y madura que nos posibilita romper ese ciclo de violencia y muerte, y abrirnos a un futuro de esperanza y luz para todos.

El trabajo de REMHI ha sido una empresa asombrosa de conocimiento, profundización y apropiación de nuestra historia personal y colectiva. Ha sido una puerta abierta para que las personas respiren y hablen en libertad, para la creación de comunidades con esperanza. Es posible la paz, una paz que nace de la verdad de cada uno y de todos: Verdad dolorosa, memoria de las llagas profundas y sangrientas del país; verdad personificante y liberadora que posibilita que todo hombre y mujer se encuentre consigo mismo y asuma su historia; verdad que a todos nos desafía para que reconozcamos la responsabilidad individual y colectiva y nos comprometamos a que esos abominables hechos no vuelvan a repetirse.

El compromiso de este Proyecto con la gente que dio su testimonio ha sido recoger su experiencia en este Informe y apoyar globalmente las demandas de las víctimas. Pero entre las expectativas y nuestro compromiso también se encuentra la devolución de la memoria. El trabajo de búsqueda de la verdad no termina aquí, tiene que regresar a donde nació y apoyar mediante la producción de materiales, ceremonias, monumentos etc. el papel de la memoria como un instrumento de reconstrucción social.

El Papa Juan Pablo II nos dice: “Es preciso mantener vivo el recuerdo de lo sucedido: es un deber concreto”. Lo que la Segunda Guerra Mundial significó para los europeos y para el mundo se ha podido comprender en estos 50 años transcurridos gracias a la adquisición de nuevos datos que han mantenido un mejor conocimiento de los sufrimientos que causó (50 Aniversario del final de la Segunda Guerra Mundial).

Esto es lo que ha hecho el Proyecto REMHI en Guatemala. Conocer la verdad duele pero es, sin duda, una acción altamente saludable y liberadora. Los miles de testimonios de las víctimas, los relatos de los crímenes horribles son la actualización de la figura del “Siervo sufriente de Yahvé”, encarnado en el pueblo de Guatemala: “Mirad a mi siervo -dice Isaías- muchos se espantaron de él, desfigurado no parecía hombre, no tenía aspecto humano... El soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores; nosotros lo estimamos leproso y herido de Dios...” (Is. 52,13 - 53,4).

La actualización y memoria de estos hechos dolorosos nos confrontan con una palabra original de nuestra fe: “Caín, ¿dónde está tu hermano Abel? No sé, contestó. ¿Soy acaso el guardián de mi hermano? Replicó Yahvé: ¿Qué has hecho? Se oye la sangre de tu hermano clamar desde el suelo hasta mí” (Gen, 4, 9-10).

VI. TEXTOS MONSEÑOR JUAN GERARDI³⁴



Presentamos una selección de textos, de los distintos escritos que tenemos de Monseñor Juan Gerardi; son frases cortas, que hay que entender globalmente en su justa medida en el contexto en las que fueron pronunciadas; pero por su significación, aportan en este momento una síntesis muy resumida del pensamiento de Monseñor Gerardi, pensamiento que le movía a actuar de la forma que lo hacía.

**Monseñor Gerardi en Taller de Promotores.
(Fotografía: colección privada.)**

34 FRASES extraídas de los escritos de Monseñor Juan Gerardi, cuya fuente es el libro: JUAN GERARDI TESTIGO FIEL DE DIOS, editado por la CEG, Guatemala, 1999.

DE LA CARTA PASTORAL DE 1967 (en La Verapaz)

1 Todos los hombres deben también considerar a su prójimo como hijos de Dios, y aunados por la caridad que es la ley fundamental de este pueblo³⁵, deben respetar esta dignidad en todos sin excepción alguna por humildes que sean o parezcan.

2 En nuestra Diócesis hay mucho por hacer. Nos encontramos con desigualdades estridentes que es preciso superar, injusticias que en una u otra forma se han institucionalizado en nuestro modo de ser, de pensar y de obrar, que es preciso descubrir y hacer desaparecer con el esfuerzo y la generosidad de todos los que integramos la Iglesia. Debemos crear condiciones humanas más justas y que puedan ofrecer a todos las mismas oportunidades para que puedan saciar sus expectativas humanas legítimas. Cristo nos marca el camino que debemos seguir para ser fieles a nuestra vocación de cristianos y hacer efectiva la obra de redención que. Él nos trajo y que nos encomendó para que pueda llegar a su plenitud.

3 Es el ejemplo de Cristo el que debe estar vivo en su Iglesia y en sus cristianos. En las enseñanzas y en el ejemplo de Cristo es donde podemos encontrar el camino a seguir en la construcción y edificación de nuestra Diócesis en todos sus aspectos, material, espiritual y sobrenatural.

DE LA INSTRUCCIÓN PASTORAL DE 1969

4 (*A los padres de familia*): Ante todo, tened gran estima por la vocación sacerdotal. Pensad que la vocación de un hijo es el regalo más grande que Dios puede hacer a vuestro hogar. Pedid insistentemente este regalo. Recordad la promesa de Cristo: Todo lo que pidieris al Padre en mi nombre os lo concederá (Juan 15,16).

SOBRE LA PASTORAL INDÍGENA (1973)

5 A través de los acontecimientos, el sufrimiento de los explotados, la miseria de los oprimidos, la negación de sus derechos fundamentales como personas humanas, Dios nos está hablando claramente. Nos está pidiendo el testimonio más vivo y elocuente que Jesús mismo dio de la legitimidad de su misión, y que debe ser el testimonio de su Iglesia, exigido hoy con más fuerza que nunca: “El Evangelio es predicado a los pobres” (Lc. 7, 22).

6 La Iglesia se hace presente en las comunidades indígenas invitándolas a tomar parte de la gran comunidad de la Iglesia universal.

7 “Una pastoral que tratara al indígena como objeto, y que no lo capacitara para cumplir con su compromiso de fe en la dimensión individual y comunitaria, sería una pastoral equívoca y equivocada” (Pastoral Indigenista en México, p. 69).

35 Lumen Gentium, 9.

8 El hecho de que existen culturas diferentes es una manifestación de la diversidad de formas como Dios se revela y actúa en el interior de toda cultura humana. Por consiguiente, “cuanto hay de bueno en ellas la Iglesia lo juzga como una preparación del Evangelio y otorgado por quien ilumina a todos los hombres para que al fin tengan vida” (Lumen Gentium 16).

DE SU PARTICIPACIÓN EN EL SINODO EN ROMA EN 1974

9 Interpretar los signos de los tiempos no es fácil, porque la historia de los hombres oscila entre el reino y el no reino: se requiere por tanto humildad y simplicidad, sin ceder a un ingenuo optimismo que conduce a la inflación de los signos. Dios no se manifiesta nunca a través de acontecimientos ambiguos o negativos. Hoy se necesita estar atentos a aquellos hechos sencillos que en la Iglesia expresan el regreso a lo esencial, a la fidelidad, a la oración, al encuentro caritativo con los hermanos, a la plena e íntegra libertad. El discernimiento de los signos de los tiempos abre nuevos caminos al positivo ejercicio del magisterio.

10 Hay que afirmar que existe una conexión directa entre el crecimiento del Reino de Dios y el auténtico desarrollo humano. La teología de la salvación entendida como liberación abraza dos aspectos entre sí conjuntados: liberación como punto de partida, es decir, superación del pecado en todas sus dimensiones, personales y sociales; y liberación como término de llegada, tensión que nos asemeja a Cristo, imagen del Padre.

11 La liberación humana no es entendida sólo en sentido individual: abraza la realidad social y debe influir sobre la transformación de las estructuras. La liberación presupone la aceptación de la conversión y la reconciliación con Dios y con los hermanos y la superación de la tentación de la violencia. La Iglesia espera la completa liberación de los hombres cuando, ofreciéndoles los bienes evangélicos de la gracia, los empuje a reconocerse como hermanos porque son hijos del mismo Padre.

DESDE LA DIÓCESIS DEL QUICHÉ (1974-1980)

12 Como cristianos, y de acuerdo con las enseñanzas del Evangelio, debemos estar conscientes de la presencia del pecado en el mundo y en nosotros mismos. Es esta una de las condiciones más dolorosas y angustiantes que tiene que enfrentar el hombre... El Pecado introduce el trastorno y la confusión en el mundo... sin embargo, pronto lo olvidamos, tal vez ni siquiera nos damos cuenta de esta realidad.

13 Se encuentran mil y una razones para justificar el pecado. Se legitima o trata de legitimarse el culto a la persona, la sed de riquezas, las injusticias, el ansia de poder, la sed de placer... como dice el Papa Paulo VI, “La violencia se vuelve a poner de moda y se reviste incluso de la coraza de justicia. Se propaga como una cosa normal,

favorecida por los ingredientes de la delincuencia alevosa y por todas las astucias de la vileza, el chantaje, de la complicidad..." (Papa Paulo VI, Mensaje del día de la Paz, enero 1973).

14 Queremos sí que nuestra palabra sea de aliento y de consuelo para todos aquellos que sufren. Quiere también ser voz de los que no tienen voz para hacerse oír y hacer oír sus necesidades y denunciar las injusticias que sufren y padecen... quiere dirigirse también y de hecho se dirige, a los grandes, a los poderosos que también se consideran y se dicen cristianos y se llaman católicos hijos de la Iglesia, para recordarles sus responsabilidades por los sufrimientos del pueblo y la obligación y posibilidad que tienen de aliviarlos y restablecer las relaciones verdaderas de justicia.

15 Conversión es vuelta a Dios. Todos debemos volvernos a El como personas. Debemos volvernos a El también como pueblo, como comunidad. Debemos tener las puertas de nuestro corazón abiertas para todos. No debemos excluir a nadie. Debemos hacer a todos participantes de nuestro amor, así amaremos también a Dios.

16 Aunque muchas veces nos sintamos defraudados o creamos que debemos aceptar la actual situación de confusión, de injusticia, como algo necesario y sin solución, debemos estar convencidos con la seguridad y el convencimiento que nos da la fe, de que la paz y la reconciliación son posibles y, que son posibles porque Cristo murió y resucitó para traernos la paz.

17 La paz es posible si de veras la queremos. Nuestras ansias de paz deben llegar hasta estar dispuestos a entregar nuestra propia vida para conseguirla. La paz es posible y se nos impone como un deber procurarla y conseguirla.

18 No puede haber paz sin una nueva justicia. Todo hombre es mi hermano. La paternidad de Dios vivida lo más perfectamente posible es el fundamento seguro de la paz.

19 No puede haber paz mientras el hombre sea oprimido por el hombre, se desconozcan sus derechos y se le niegue la participación que le corresponde en el perfeccionamiento del mundo. Por eso el Papa nos recuerda que el nuevo nombre del desarrollo es la paz.

20 Lamentablemente, esta labor evangélica ha sido incomprendida y criticada por quienes se asustan ante el destino universal de la gran Familia de Dios. Durante los últimos años, la Iglesia Católica, se ha sentido entorpecida, perseguida cruelmente y criticada en su trabajo.

21 Esta situación conflictiva se ha acentuado desde el año 1976, cuando toda Guatemala sufría uno de los mayores desastres de su Historia, el terremoto del mes

de febrero. La Diócesis de El Quiché, se volcó en ayuda asistencial a los necesitados, sin limitaciones de raza, de credo, o de condición social. Esta acción social despertó sospechas infundadas y se calumnió constantemente, acusándola de intereses partidistas y políticos.

22 El presente año de 1980 ha sido un calvario para el pueblo católico del Departamento. No es suficiente excusa, la ola de violencia que padece el mundo entero. En diversas oportunidades, la Diócesis de El Quiché, ha alzado la voz, reclamando justicia ante flagrantes violaciones de los más elementales derechos humanos. Era nuestro deber, como seres humanos, como cristianos y como guatemaltecos.

23 En todos estos hechos no ha habido ninguna investigación de los crímenes hasta la fecha. Los asesinos pueden actuar con libertad. La violencia desatada en el Departamento de El Quiché llegó a una situación humanamente insostenible cuando se tuvo conocimiento de la preparación de un atentado contra la vida del Obispo de la Diócesis. Se suman a estos terribles hechos de sangre y violencia, la tragedia de tantas familias pobres de nuestra Diócesis que lloran la pérdida de sus esposos, padres o hijos, y las amenazas de muerte a varios Sacerdotes y Religiosas de los que todavía quedan en el Departamento, obligando la salida de todos, con el consiguiente cierre de Parroquias, Colegios, Internados y demás obras asistenciales.

24 La Iglesia Católica ha pasado por circunstancias difíciles, por persecuciones, muertes e incomprensiones, a lo largo de sus dos mil años de existencia. Los católicos estamos conscientes de ello y vivimos de esperanza. Cristo ha vencido al Mundo, pasando por un Viernes Santo doloroso, para llegar a la Gloria de la Resurrección. Nada podrá doblegar el espíritu cristiano, impulsado con sangre de mártires y santos. Pedimos a los católicos que se mantengan firmes en su fe, que mantengan la luz de la esperanza y la llama del amor de Dios y del prójimo.

25 Nunca estaremos solos, si tenemos por guía a Cristo y a su Madre, la Virgen María. No podemos equivocarnos el camino porque vamos de la mano del Buen Pastor. “Porque no nos ha dado Dios a nosotros un espíritu de cobardía, sino de fortaleza, de amor y de templanza” (2 Timoteo 1,7).

TEXTOS DE 1983 (Después de regresar del exilio)

26 Sectores de Iglesia más en contacto con el pueblo oprimido y perseguido, optaron juntamente con su Obispo, en una actitud verdaderamente eclesial y evangélica, por una pastoral de acompañamiento y solidaridad con ese mismo pueblo, dispuestos a correr su misma suerte. Animados por la fe en la palabra de Jesús, comprendieron que el Señor los llamaba a servirlo en los pobres e indigentes, perseguidos y torturados. Fue así como en momentos en que el conflicto era más fuerte y despiadado, cuando se hacía más difícil o imposible la vida hasta llegar a su negación más absoluta, cuando

los que mandaban se arrogaban el derecho de decidir quién debía vivir y quién debía morir, la Iglesia optó por el Dios de la vida y se comprometió a combatir la muerte.

27 La Iglesia, solidaria y servidora de un pueblo perseguido y atormentado, estaba también llamada a compartir el sufrimiento, la persecución y la muerte que ratificarían la autenticidad de su servicio solidario.

28 Fiel al servicio que debe prestar al hombre y a todos los hombres, que debe ser auténtico, desinteresado y libre de presiones, de intereses que puedan distorsionarlo o manipularlo, la Iglesia optó por el proceso democrático y se comprometió a trabajar por su implementación y desarrollo, para alcanzar, día a día, la paz como tarea y don del Señor.

29 La Conferencia Episcopal, en estos últimos años, ha alcanzado un grado de unidad y compromiso muy alto. Esta unidad se nutre, se fortifica y se manifiesta por una exigencia compartida de alcanzar la unidad de la acción de la Iglesia, planificada y desarrollada en forma inteligente y efectiva.

30 Campo privilegiado de la misión de la Iglesia, lo constituyen las zonas que fueron o son de conflicto, donde las necesidades son mayores. Se atiende a los desplazados, a las viudas y huérfanos de la violencia. Para atender a estas personas, la Iglesia, con la ayuda de instituciones católicas internacionales, ha establecido programas que las ayuden a superar las necesidades urgentes, a la vez que las capaciten, tanto a nivel individual como comunitario, a lograr soluciones permanentes.

31 Otro sector hacia el cual se ha volcado la pastoral de la Iglesia es el de los repatriados, que vuelven al país después de años de vivir como refugiados en otros países. Su situación, algunas veces complicada y difícil, requiere una atención especial que alcanza hasta la defensa de sus legítimos derechos sobre la posesión de sus tierras.

32 La Iglesia reconoce que la democracia es un proceso en el que la libre elección de los gobernantes no es más que un principio. Construir una democracia especialmente después de largos periodos de dictadura o de gobiernos totalitarios, implica la exigencia de crear algo nuevo y distinto de lo anterior. Ante todo, exige hacer hombres nuevos con nuevos modos de pensar y de actuar. Hay que cambiar las estructuras sociales y económicas que sustentan la injusticia, la discriminación y la explotación del hombre por el hombre, por estructuras nuevas de justicia, igualdad y participación dentro de un marco pluralista.

33 La Iglesia ha hecho su gran opción, ha optado por el hombre y su liberación para transformarlo en hombre nuevo. Analizando la realidad de Guatemala nos damos cuenta que esta tarea es urgente e ingente. El alto porcentaje de analfabetismo con

que contamos, es un factor negativo para la construcción de una democracia real y participativa, a la vez que representa el factor humano manipulable para conseguir los fines del gobierno de turno o satisfacer ambiciones políticas de partido o de grupo.

TEXTOS DE 1990 (Sobre Cáritas y Pastoral Social)

34. Recuerda los documentos de Medellín. Al asomarnos, con alma y corazón de pastores, a la realidad de nuestro continente y de nuestros pueblos, percibimos “el sordo clamor que brota de millones de hombres pidiendo a sus pastores una liberación que no les llega de ninguna parte”³⁶. Constatamos como realidad cuestionante cómo con el tiempo y a través de frustraciones de una espera en vano, ese clamor “ahora es claro, creciente, impetuoso y, en ocasiones, amenazante”³⁷.

35 Ese clamor es el grito de un pueblo que sufre, que demanda justicia, libertad, respeto a los derechos fundamentales del hombre y de los pueblos³⁸. El pueblo pobre de América Latina, nos dicen los Obispos en Puebla, ansía una sociedad de mayor igualdad, justicia y participación a todos los niveles³⁹.

36 Nosotros como bautizados, como miembros de la Iglesia, como agentes de pastoral, debemos sentirnos urgidos por ese clamor, como se siente la Iglesia que ha realizado grandes esfuerzos para dar una respuesta pastoral adecuada⁴⁰.

37 Debemos interpretar este clamor como el clamor por los derechos de los pobres, que en nuestro continente han crecido en su sentido crítico, han tomado mayor conciencia de su dignidad, de sus derechos, de su participación política y social, a pesar de que tales derechos en muchas partes están conculcados.

38 Sabemos que la misión de la Iglesia es prolongar y actualizar, a través del espacio y el tiempo, la misión salvadora, redentora y liberadora de Jesús. Es la acción práctica de la Iglesia al servicio del Reino.

39 El Concilio Vaticano II nos dice: “La Iglesia ha nacido con este fin, propagar el Reino de Cristo en toda la tierra para gloria de Dios Padre y hacer así a todos los hombres partícipes de la redención salvadora y, por medio de ellos, ordenar realmente todo el universo hacia Cristo”⁴¹.

36 Medellín, Pobreza 2.

37 DP 89.

38 DP 93.

39 DP 1207.

40 DP 87.

41 AA, 2.

40 Hay en la Iglesia diversidad de ministerios, pero unidad de misión. De ahí que la Pastoral de la Iglesia es y debe ser de Conjunto, orgánica, o no es auténtica pastoral.

41 Muy importante es tener esto en cuenta, para saber buscar el lugar y el espacio propios de nuestra pastoral social dentro de la pastoral total de nuestras iglesias particulares. No podemos ni debemos trabajar como miembros autónomos, dislocados del conjunto, ni planificar nuestro trabajo con exclusivismos dentro de nuestra especificidad. Debemos compartir y asumir la pastoral profética y litúrgica como parte de nuestro quehacer evangelizador de lo social.

42 En Medellín y después en Puebla, la Iglesia de América Latina hizo suya y dio un lugar prioritario a esta opción por los pobres, constituyéndola como motor y como criterio para una acción liberadora integral. Al hacer nuestra esta opción, estamos en consonancia con el sentir y el amor de Dios, con la enseñanza y la praxis de Jesús y con la praxis de la Iglesia.

43 La caridad cristiana como amor de benevolencia nos debe llevar a hacer propia la causa de los pobres y a asumir un compromiso solidario por su liberación integral, como una respuesta al ser y quehacer de Cáritas y de las organizaciones de pastoral social.

44 La Nueva Evangelización debe ser integralmente liberadora. Nuestra acción no puede ni debe agotarse en la atención asistencial del pobre necesitado o a la promoción del pobre marginado. Los documentos de Puebla, como luz de la Nueva Evangelización, tienen textos claramente liberadores que ven al pobre como oprimido por estructuras injustas. El efecto de nuestra opción nos debe llevar a una solidaridad concreta⁴², que emane fecunda de la fuente de la Caridad. Nuestra opción por los pobres y todo el trabajo que hagamos por ellos y su liberación integral, deben estar motivados por la caridad, no por razones y conveniencias sociológicas, políticas o institucionales.

45 Se cataloga como uno de los logros más significativos de la humanidad, la declaración de los derechos del hombre que se proclaman y profesan como la base y fundamento de la sociedad democrática, que se presenta como la más humana y más en conformidad con la dignidad de la persona.

46 Por doquier aparecen instituciones promotoras y defensoras de los derechos humanos. Podríamos decir que esto constituye un signo de los tiempos, que debemos aprender a leer y discernir para encontrar en él la presencia del Señor, que quiere ser honrado y servido en el hombre.

42 DP 476.

47 Sin embargo, como signo de contradicción, constatamos cómo esta aspiración se ve frustrada por las persistentes violaciones y manipulaciones que se hacen de los conceptos y de las realidades de los derechos humanos. Hasta se ha llegado a hacer de ellos un slogan, un instrumento político y demagógico despojado de toda ética para justificar, como un escarnio, la violación de los derechos humanos invocando los mismos derechos humanos.

48 La experiencia nos enseña que sólo la proclamación de la dignidad de la persona y la denuncia de la violación de sus derechos no son suficientes. Debemos emprender también acciones concretas tendientes a garantizar estos derechos y a provocar los cambios urgentes en nuestras estructuras, eclesiasísticas y sociales, que garanticen permanentemente el libre ejercicio de los mismos.

49 La opción preferencial por los pobres y la promoción y defensa de la dignidad de la persona en la perspectiva de la Nueva Evangelización de lo social, están íntimamente ligadas con la construcción de una sociedad más justa, fraterna y solidaria, como expresión del amor.

DE 1994 (Sobre el tema de los Acuerdos de Paz)

50 El Acuerdo Global sobre Derechos Humanos, firmado en México el 29 de Marzo de este año debe ser marcado con prioridad uno, ya que debe ser el telón de fondo y el eje de la vida de la sociedad guatemalteca que se ve urgida por la necesidad de establecer un nuevo sistema de relaciones de la sociedad humana bajo el magisterio y la orientación de la verdad, la justicia, la caridad y la libertad. (P in T 163)

51 La experiencia de cada día nos lleva a constatar que las violaciones de los derechos humanos han constituido la mayor tortura para la población guatemalteca y ha sido una fuente inagotable de sufrimientos para los ciudadanos, sobre todo cuando estas violaciones se han convertido en los medios para la conservación y defensa de un status que no satisface las aspiraciones y necesidades de las mayorías, utilizándose también como medio e instrumento de terror “para la conservación del orden”.

52 Íntimamente unido al acuerdo global de los derechos humanos va el acuerdo de la Comisión de la verdad o del pasado. Podemos ver la forma como se resolvió el problema que planteaba el establecimiento de esta Comisión. Su planteamiento y atribuciones no responden a las peticiones y propuesta hechos por la sociedad civil.

53 Entendemos perfectamente y estamos de acuerdo con el planteamiento de que el funcionamiento de esta Comisión y los resultados de sus investigaciones deben conducir al perdón y a la reconciliación entre los diferentes sectores de nuestra sociedad, para juntos emprender la tarea de la construcción y perfeccionamiento de la democracia y de la Paz. Sin embargo, también nos parece necesario que haya un

reconocimiento de parte de los actores de las violaciones de los derechos humanos y de los sufrimientos causados al pueblo guatemalteco, que sí hubo abusos de poder y transgresiones punibles de la ley. Que no todo se puede justificar explicando y aceptando los hechos como necesarios, según las circunstancias. El reconocimiento de los excesos cometidos es necesario para evitar que estos hechos se sigan cometiendo.

54 Sabemos por experiencia que la democracia es imposible donde hay hambre y miseria. Las necesidades del pueblo pueden llevar a situaciones explosivas que conduzcan al uso de la violencia y de la represión como medidas para conservar el orden.

55 Ante este peligro, el Estado debe tomar las medidas conducentes no sólo para aminorar los golpes del ajuste, sino también para ir creando condiciones para que haya una distribución de la riqueza de acuerdo con las exigencias de la justicia social que es una aspiración de nuestro proceso de paz.

SOBRE LA RECONCILIACIÓN Y LA PAZ

56 El camino de la justicia en nuestros países implica que se sancione moralmente a los responsables pero que se posibilite el perdón y se avance en dirección a rehacer la amistad rota por la violencia. Es un reto para todos los cristianos. El libro de Isaías nos dice que a Dios quiere que le presentemos un corazón limpio, cargado de justicia más que sacrificios rituales (Is. 58).

57 Es claro que la reconciliación nace de la verdad y de la justicia; no se trata en ningún momento de olvidar. La impunidad que se legaliza a través de amnistías es forzar a la sociedad a guardar en el corazón el miedo, fomenta la humillación de la persona y niega su dignidad. Reconciliar es pues, romper con la impunidad y trazar el camino nuevamente en las mentes y corazones de todos. Pueden existir formas legales que sigan un proceso de esclarecimiento de la verdad y que indulten, como una respuesta nacional. Lo importante es que esas acciones legales no signifiquen amnesia social.

58 Jesús habla de perdonar como una actitud del cristiano y el pasaje del hijo pródigo que vuelve a su casa luego de rebelarse al padre y es perdonado sin condiciones es iluminador (Lc, 15,11ss). Pero esto no parece tan fácil en países como los nuestros que han sufrido tanto por la violencia entre hermanos.

59 Entender la lógica de Dios implica que no podemos pensar en reconciliar nuestra sociedad si ésta no es sanada de sus heridas y reestablecidas las relaciones de fraternidad. No estamos hablando de venganza, Jesús mismo lo dice: “habéis oído que se dijo: Ojo por ojo y diente por diente. Pues yo os digo: no resistáis al mal; antes bien; al que te abofetea en la mejilla derecha ofrécele también la otra... Habéis oído que se

dijo: Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo. Pues yo os digo: Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persigan (Mt. 5, 38ss).

60 No es mantener la situación como algunos quisieran interpretar este pasaje. Sino cambiarla rehaciendo las relaciones en la misma comunidad a través de nuestra no violencia activa. En una sociedad marcada por la violencia es un reto muy grande, pues significa cambiar una cultura de violencia y desarmarla frente a una cultura de la vida y de convivencia pacífica.

61 De igual forma reconciliar es dar la oportunidad a nuestros países de sanar. Que las víctimas puedan superar los traumas de la violencia. En muchas comunidades se carga con el dolor de los muertos con vergüenza, es decir, que los conflictos sociales los ha señalado como culpables, como enemigos y su memoria debe ocultarse. Esto ha sido parte de la lógica de la violencia que ha llevado a la satanización de las víctimas.

62 Ante tal situación no puede enterrarse dignamente a esas víctimas o recordarles abiertamente, como ocurre en el caso de tantísimos desaparecidos o asesinados durante los diversos enfrentamientos sociales. Muchas veces los familiares sufren porque no saben que pasó con sus parientes que desaparecieron o son víctimas no reconocidas.

63 Pero la sanción no es exclusiva de una parte de la sociedad, es decir de aquellos que han sido víctimas o familiares de víctimas de violaciones a los derechos humanos. También es necesario sanar a aquellos que han sido victimarios, sobre los que pesa la responsabilidad de negar la dignidad de la vida por tantos años.

64 Jesús perdona a la mujer adúltera y no le recrimina ni pide venganza sobre las faltas cometidas; le pide no pecar más. Le da la oportunidad de reencontrarse con su comunidad y andar de nuevo con ellos. En este mismo sentido es importante su encuentro con Zaqueo: un cobrador de impuestos y considerado como un ladrón. Su arrepentimiento le lleva a Jesús a decir: "la salvación ha llegado a esta casa" (Lc. 19, 1 - 10).

65 Avanzar juntos en la misma dirección nos habla de la posibilidad del perdón y el arrepentimiento. El sistema ha creado sus estructuras para marginar y discriminar y ha utilizado a personas que hoy cargan con la responsabilidad de muchas víctimas. Es evidente que como cristianos no podemos dejar de cuestionar su accionar y la crueldad de un sistema empecatado. Nuestra fe en la vida no lo permitiría, pero de igual forma creemos en la posibilidad de redención de aquellos que cometieron claras violaciones a los derechos humanos y de las estructuras que las provocaron. En el caso nuestro implica redimir una realidad de enfrentamiento y por tanto avanzar hacia las causas que originaron el conflicto. Es un compromiso del que los cristianos no podemos desentendemos. De nuevo el profeta Isaías nos ilumina:

66 “¿No será más bien este otro el ayuno que yo quiero: desatar los lazos de maldad, deshacer las coyundas del yugo, dar libertad a los quebrantados y arrancar todo yugo? ¿No será partir al hambriento tu pan, y a los pobres sin hogar recibir en tu casa?...”

67 Debemos agregar que el perdón no va a desaparecer el hecho cometido. Es necesario que pueda darse una reparación de las faltas cometidas. Posiblemente estemos hablando que el Estado debe asumir buena parte de esa compensación que en justicia se debe a las víctimas y esto tiene sentido, en cuanto que mucha de la responsabilidad individual de lo que sucedió corresponde a órdenes y políticas institucionales de los Estados.

68 No queremos olvidar aún cuando perdonemos y nos reconciliemos, la memoria de lo que ocurrió siempre será referente de nuestra vida presente y futura. En ella encontraremos lecciones para no equivocarnos en el futuro y evitar que vuelva a ocurrir. En esto radica la importancia de trabajar por recuperar y comprender la memoria de lo que nuestras comunidades debieron sufrir a raíz de la violencia.

69 En el testimonio de tantos mártires encontraremos la esperanza y la fuerza para abrir nuevos caminos, como ocurrió con los primeros cristianos que encuentran en el martirio de sus hermanos el fortalecimiento de su fe.

70 El perdón sana la memoria, no la desaparece.

71 Perdón y arrepentimiento son condiciones indispensables para la construcción de la paz. Memoria y esperanza son los ingredientes para dar cuerpo a un camino que empezamos y en el cual los cristianos reafirmamos nuestra fe en el Dios de la vida.

NUEVA EVANGELIZACIÓN, 1997

72 Ahora bien, la Nueva Evangelización nos pide una nueva Iglesia. Es decir, una Iglesia renovada. Más conocedora de los problemas, las inquietudes y las necesidades de los hombres a los que está llamada a servir. Una Iglesia más solidaria, más compasiva, más misericordiosa y más comprometida con la causa de los pobres.

73 Yo creo que en este campo de lo ético, es donde nosotros, como Iglesia, debemos intervenir, debemos participar en todo lo que podamos. Pero tenemos que dejar muy claro que la Iglesia tiene un papel específico. Podemos participar en cuanto ciudadanos, como lo hemos hecho, en los procesos de paz. Esto era algo que interesaba al país. Es propio de la Iglesia promover la paz. Nos pueden invitar a participar como jefe de un departamento, pero eso no nos corresponde. Son diferentes funciones. La misión de la Iglesia la sitúo, en el aspecto ético, más que todo en la promoción de valores, la promoción del hombre... Esta misión exige un papel crítico. Si yo quiero ver por dónde va la sociedad, por dónde van las cosas, tengo que estudiar esa sociedad, tengo que ver

qué es lo que se está haciendo en esta sociedad. Allí es donde podemos ir dándonos cuenta que en algunos procesos el elemento ético está ausente. Mayormente cuando se va tratando de la construcción de modelos.

74 Queremos una sociedad que no sea excluyente, pero de hecho se está excluyendo ya desde los beneficios sociales. Se está excluyendo a los pobres. ...Este proceso de paz quiere afianzarse en ese modelo neoliberal. Lastimosamente podemos ver, hasta dónde es ético y hasta dónde no es ético. Es ahí donde vemos cuáles van siendo las dificultades de la problemática que va encontrando este proceso de paz. A mi me parece que si todas las cosas fueran distintas, el proceso iría más rápido. Pero insisto que en este modelo, aunque la globalización se nos va imponiendo, algunas veces hablamos de nuestros problemas haciendo caso omiso de esa globalización. Vemos, por ejemplo, que va habiendo problemas en el proceso, en la cuestión económica. Ahora viene que es necesario pagar impuestos. Que es una buena inversión. ¿Por qué? porque se nos impone. Las transformaciones sociales tienen un precio y ese precio nos lo están poniendo de fuera, no de dentro: “o ustedes llegan al 12% en el 2000 o no hay plata”. Esto es, en parte, lo que está frenando el proceso de paz. La cuestión de los impuestos es uno de los elementos que va diluyendo la imagen del proceso de paz.

75 Los Acuerdos no cambiaron los problemas. La conflictividad social sigue, incluso va en aumento y no se ve el camino de solución por ahora. Por ejemplo, la conflictividad de la tierra. Los Acuerdos se quedaron cortos en ese sentido. En el Acuerdo sobre Identidad y Derechos de los Pueblos Indígenas también hay toda una serie de cosas para legitimar la propiedad de los indígenas. ¿Hasta dónde se está comenzando, fuera del banco de tierras? ¿Qué otras formas se están buscando? La conflictividad está allí, y puede haber la tentación de ir solucionando esos problemas por la fuerza, cuando realmente son situaciones mucho más profundas.

76 De cara al futuro y para la construcción de una nueva sociedad, estamos también tratando de armar proyectos. Por ejemplo, el proyecto de la Recuperación de la Memoria Histórica (REMHI), que de ninguna manera quiere ser competencia con la Comisión del Esclarecimiento de la Verdad. Trata más bien de ver qué es lo que pasó o por qué pasó, para que nunca más vuelva a pasar. Es decir, que esto sea una cantera, una mina en donde nosotros podamos ir extrayendo los elementos que nos puedan ir ayudando después, para la construcción de la nueva sociedad. Esto implica la formación de una cultura democrática, una cultura de derechos humanos, la formación de la recuperación psicológica de la gente. Se trata, pues, de implementar proyectos que puedan ser contribuciones para una verdadera paz.

77 El Concilio Vaticano II, nos dice que **la vocación de la Iglesia es el servicio**. El servicio es esencial para la Iglesia. La Iglesia no puede entenderse en otro ámbito, no puede entenderse si no es en esta línea del servicio. La esencia misma de la Iglesia es servicio a Dios, al Hombre, al Reino.

78 Aunque el Continente Latinoamericano sea el continente de la esperanza, aunque sea el continente que tiene el mayor número de católicos, aunque sea el continente que tiene muchas cosas buenas, es, sin embargo, el Continente de la injusticia, de la opresión, de la dominación. En esta situación, el amor nos debe de llevar no sólo a calmar o a curar los efectos de la situación, sino como nos lo dice Puebla, debemos llegar hasta las raíces de la problemática.

79 América Latina es, pues, un Continente de injusticia, porque la pobreza no es una pobreza querida por Dios. No es la pobreza de la que dice Jesús: «LOS POBRES SIEMPRE LOS TENDRAN CON USTEDES». Porque la pobreza que sufre la gente es una pobreza provocada, fruto de la injusticia; es una pobreza que es efecto de la impunidad y de la corrupción.

80 Pensemos: ¿por qué hay tanta gente que es pobre? Cuando tenemos gobernantes que se enriquecen, ¿de dónde salieron esas riquezas? ¡Ah!, de quitarle el pan de la boca a la gente. Eso es así, y éstas son las implicaciones que tiene esta Pastoral de la caridad de América Latina, que aquí se llama PASTORAL SOCIAL, por la incidencia que tiene este quehacer Pastoral en el campo de lo social. ¿Por qué? Porque las estructuras no dejan que las cosas prosperen. La sociedad está organizada de tal forma que el pobre no pueda valerse por sí mismo. Debemos ser conscientes de que si no llegamos y que si no tenemos una lectura teológica y evangélica de estas realidades, no vamos a poder llegar a donde debe llegar la Pastoral de la Iglesia.

81 La Pastoral Social es la que toma en cuenta todas las actividades asistenciales; por ejemplo, dispensarios, escuelas, talleres, etc. Todo eso está bien, pero la Pastoral Social, por otro lado, no puede ser una Pastoral desordenada, y creo que en nuestro medio lo es, ¿no? No lo digo por ustedes, pero algunas veces ni siquiera creemos que la Pastoral Social es necesaria.

82 Como podemos ver, vivimos en esa dicotomía, y pensamos que lo espiritual sí y lo temporal no. El cristiano debe comprometerse con toda la realidad del ser humano, así como Jesús era comprometido con la realidad de la persona integral. Así nos lo dice el Evangelio. Y esta es la Pastoral Social.

83 La transparencia, como se dice ahora, debe acompañar nuestro actuar, de manera que sea realmente virgen, que sea digna, que sea transparente, que nosotros logremos proyectar la acción de Jesús y que no se busque solamente beneficios. Evitemos también el paternalismo. La persona tiene su dignidad, tiene derecho a su desarrollo y a ser dueña de su vida.

84 Si la Iglesia cerrara todas sus obras, ¿qué tendrían los pobres?, por eso yo les digo, no tenemos que despreciar la Pastoral Social Indirecta, pues es una oportunidad para evangelizar, uniendo el testimonio y el Evangelio, pero esas lindas acciones pueden

llevar también a la Promoción Humana, de tal manera que evitemos el peligro de que la gente nos vea sólo como proveedores; que nos busque solamente porque les damos de comer. Recuerden aquel pasaje de Jesús cuando dice: “*ustedes me buscan porque les multipliqué los panes, porque les di de comer*” (Jn. 6,26). Es un peligro que hay que evitar, y por eso debemos ir quitando las ambigüedades que se puedan presentar.

85 El reto de la construcción de una nueva sociedad tendrá un sentido movilizador y práctico que lleve a discernir los signos de los tiempos para descubrir la presencia del Señor, quien actúa en nuestra propia historia y nos interpela y nos llama para que en un plan de fidelidad a su voluntad, con nuestra dedicación y nuestro esfuerzo, hagamos realidad el designio de salvación que El tiene para nosotros.

86 El contenido de la predicación de Jesús es un anuncio de paz. San Pedro en su primer contacto con los paganos en casa de Cornelio, asegura que Dios envió su palabra a los hijos de Israel anunciando la buena noticia de la paz por medio de Jesús (Hch. 10,36). San Pablo hace eco al mensaje de San Pedro, al recordar que la venida de Cristo ha traído la Buena noticia de la Paz.

87 La reconciliación produce la necesidad del arrepentimiento por la falta cometida. Es un reconocimiento de la violación del derecho del otro y de la ofensa a Dios y a la violación de la justicia. Este arrepentimiento, lleva al ofensor a pedir perdón al ofendido. Este deberá manifestar y concretar su arrepentimiento que tiene el propósito de reparar el daño ocasionado y en un cambio de actitudes que den un sentido a las relaciones entre ofensor y ofendido.

88 El perdón del enemigo tiene una auténtica eficacia histórica y por ellas pasa la construcción de la paz verdadera.

89 Ahora bien, el perdonar y ser perdonado trae consigo la necesidad y la urgencia de conocer la verdad, el sobre qué vamos a perdonar y a quién vamos a perdonar.

90 La paz se construye día a día en la instauración de un orden querido por Dios que comporta una justicia más perfecta entre los hombres (PP 76).

91 El Papa Juan XXIII en la encíclica *Pacem in Terris* insistía que la paz sólo puede edificarse sobre la verdad, la justicia, el amor y la libertad.

92 La paz no podrá ser realidad si, ante todo, no buscamos al hermano en una actitud de encuentro y de reconciliación. Esta reconciliación va más allá de los tratados y de los acuerdos firmados entre las partes en conflicto. Nos lleva a la reconciliación del hombre con Dios en Cristo y que es la fuente y modelo de toda reconciliación.

93 El descubrir y hacer pública la verdad trae consigo un acto de justicia y reparación para con aquellos que han sido víctimas de la violencia y sufren la tortura del desconocimiento del paradero de sus seres queridos. Tienen derecho a saber cómo murieron, dónde están sepultados para cumplir con ellos sus deberes cristianos. También constituye un acto de justicia el devolver la honra y la dignidad a las víctimas de la violencia.

94 La verdad debe ser conocida, meditada y compartida en un diálogo sincero y constructivo para que los victimarios encuentren su lugar en la sociedad y puedan llegar a tener conciencia de la gravedad de sus crímenes y, con ello, tengan un firme propósito de no volver a repetir esos horrores. Los ofendidos deben buscar en este diálogo las razones de su esperanza y el perdón de los victimarios. Todos debemos ponernos a la escucha de la palabra de Jesús, que nos pide perdonar de corazón a nuestros hermanos para que nuestro padre nos perdone.

95 La verdad implica la recuperación de la memoria histórica del pueblo. La creación de una comisión de la verdad no significa sacar a la luz lo oculto, lo ignorado, lo desconocido. Implica poner fin al silencio y a la negación, enfrentando así los dolores, las pérdidas y los conflictos que sobrevienen a causa de este reconocimiento.

96 El esclarecimiento de la verdad, como condición para iniciar un proceso de reconciliación que nos lleve a la construcción de una paz firme y duradera, es difícil de aceptar con todas sus consecuencias. 106. Hay quienes pretenden establecer como base de la reconciliación la actitud que busca olvidar el pasado y proponen un borrón y cuenta nueva. Son muchos y variados los argumentos que se esgrimen en favor de esta tesis. Ante todo, se invoca el deseo de no provocar problemas. El pasado hay que olvidarlo. Todos sabemos lo que pasó. En una guerra o enfrentamiento siempre se dan ciertos excesos difíciles de evitar y que se justifican muchas veces por los fines a lograr. Se recurre a inculpaciones mutuas como un recurso para eludir la propia responsabilidad. Otros están dispuestos a admitir la búsqueda de la verdad con sus limitaciones y sin llegar a las últimas consecuencias.

97 Es penoso pensar que la mayoría de los que piensan así, de los que invocan el silencio y piden cubrir con el velo de la impunidad y el manto del olvido. Las violaciones de los derechos humanos pretenden olvidar, y de hecho menosprecian, los sufrimientos de tanta gente inocente víctima de estas transgresiones. Se olvida además que en materia de derechos humanos, sobre todo en el derecho a la vida y a la dignidad humana no es posible mentir y vender los principios y valores.